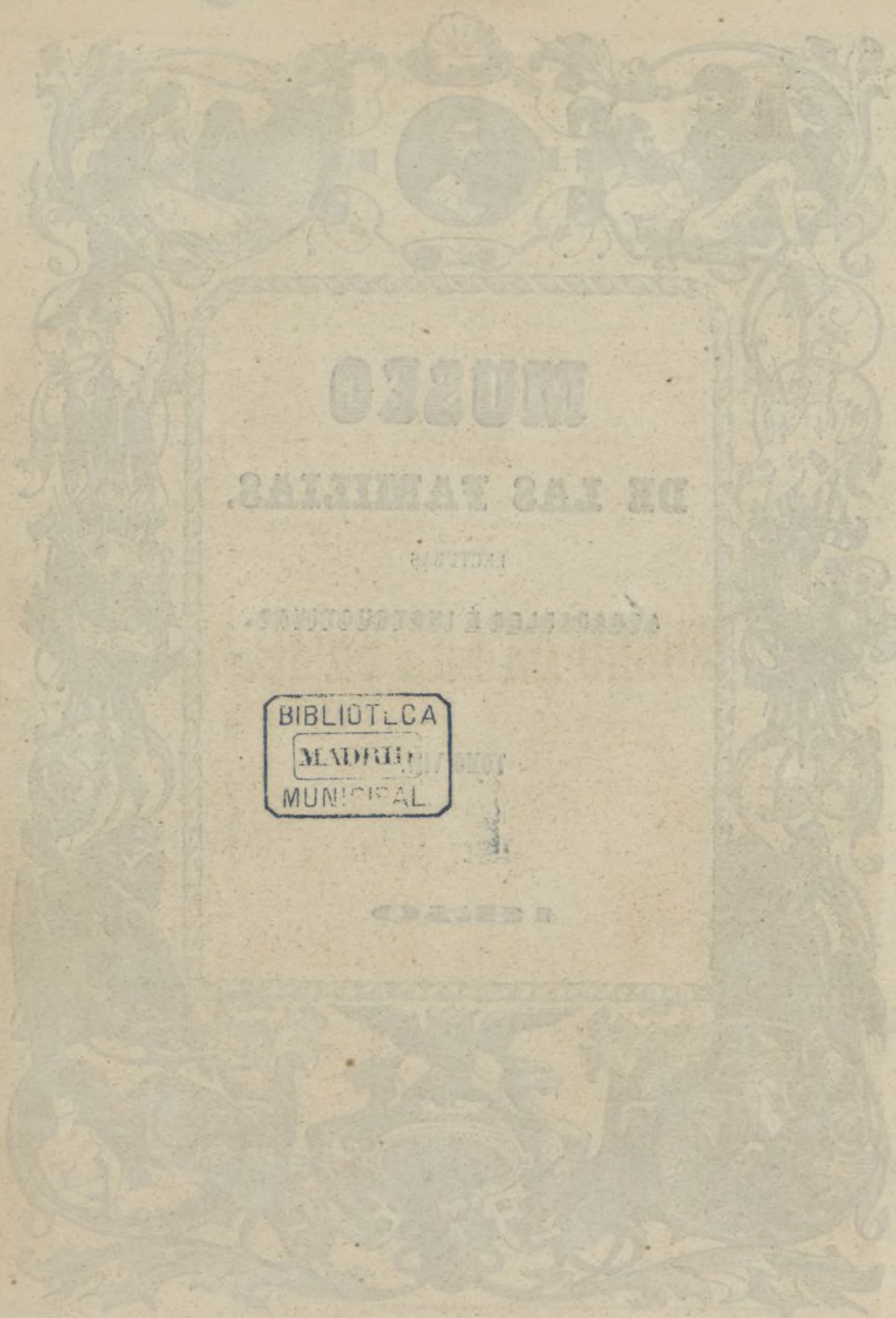




HEMOTOTEL
JA YONUM



MUSEO

DE LAS FAMILIAS

DE MADRID

CONSTITUCION DE 1812

BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL

COLECCION

BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL

MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIODICO MENSUAL.

HEMEROTECA
MUNICIPAL



FELICIDAD.—Copia de un cuadro de Alfonso Roën

25 de Enero de 1850.

TOMO VIII. 4

Ayuntamiento de Madrid

INTRODUCCION.

LOS DOCE EMISARIOS DEL MARQUÉS DE BANDA-ROJA.

El marqués de Banda-roja, célebre personaje del siglo pasado, era el único y último descendiente de una raza noble, tan ilustre que como otras muchas remontaba su origen á a época de la irrupcion de los bárbaros del Norte, y pretendia haber salvado á España de su ruina en mas de una ocasion, sobre todo en la famosa lucha de siete siglos contra el poder agareno. Poseía el marqués inmensas propiedades, en tal número, que jamás pudo recorrerlas con la memoria sin fastidiarse. Yo tengo, decia, diez y ocho fincas en Cataluña y un palacio en Barcelona que construyó mi abuelo; tres salinas en las costas del Mediterráneo que me dejó mi tío el comendador; doce caseríos en Vizcaya, y una quinta con seis leguas de bosques en Galicia; cuarenta mil cabezas de ganado trashumante y nueveientos mil pies de olivo en la Mancha y Andalucía, por herencia de mi padre; tres granjas en el reino de Leon, veinte mil pesos de renta sobre el tesoro, quince millones en acciones de bancos extranjeros, y ochenta mil ducados en diezmos de mi primo el vizconde que murió el año último; tengo ademas... y bostezaba y concluía por dormirse murmurando entre dientes el resto de sus propiedades. No era mas afortunado cuando le ocurría pasar mentalmente revista á lassumas que le entregaban sus arrendatarios, administradores, renteros y apoderados; jamás sucedió que concluyese una vez sin que le sorprendiera Morfeo. Acaso se dirá que no ajustando cuentas se esponia á que le robasen sus dependientes; pero replicamos en defensa del marqués que, segun nuestra opinion, entre el hombre rico que lleva una cuenta exacta de sus rentas, y el que no se cuida de tal cosa, solo existe una diferencia y es, que el primero sabe que le roban, y al segundo le roban sin saberlo.

En la época en que comienza nuestra historia tenia el marqués treinta años y su figura fué por espacio de mucho tiempo de moda. Todavía acaso no será difícil encontrar su busto estampado en alguna de las antiguas bajillas de loza, ó en algun lienzo apolillado en el rincon de una prendería. Era delgado de cuerpo y su rostro revelaba toda la altivez de su origen; su nariz aguilena, hubiera parecido desmesurada en aquella época en que no se estilaban todavía las narices grandes, si el vapor luminoso que se desprendia de sus ojos no mitigara el efecto de todo el contorno, al que daba realce su boca tan perfecta como pintada para él, á la inversa de tantas otras gentes de facciones que parecen adquiridas por casualidad y colocadas sin discernimiento. Pero lo que mejor le cuadraba de todo eran sus bucles empolvados, perfeccion que no acertamos á concebir nosotros los modernos, como no concebirán muchas de las nuestras los que nos sucedan. Dios no ha creado, es verdad, la cabeza para que la empolvemos; pero tambien puede decirse que no ha creado las piernas para los pantalones, los brazos para las mangas, los pies para las botas, el cuello para la corbata, y el cuerpo todo para amortajarse con nuestros trages de moda, que sea dicho de paso, de todo tienen menos de cómodos y saludables.

El marqués era de tez algo morena, y á su varonil continente unia cierta elegancia en los modales que le hubiera granjeado partido entre las damas aun sin ser tan inmensamente rico; así, pues, sin figurar su nombre en las crónicas escandalosas de la época, no dejó de ser por eso en su primera

juventud paladin de infinitas aventuras galantes. Demasiado poderoso para enlazarse á una pobre y con bastante talento para dar su mano á una muger que no tuviese otro mérito que el ser millonaria, permanecia soltero sin ocuparse de nada. Se estimaba mucho para buscar gloria en la carrera de las armas, y la de las letras exige actividad, perseverancia, resignacion y otros esfuerzos de que no se sentia capaz. El mayor tormento de los ricos es el tiempo; la ociosidad los atosiga y consume; todo lo pueden, todo lo allanan y por lo mismo nada les satisface. El marqués concluyó al fin por amarse á si mismo ya que á nada le era dado tomar aficion y se hizo un refinado egoista.

Sin embargo, frecuentaba la sociedad donde era perfectamente recibido, porque poseía el raro talento de hablar bien, muy estimado en aquella época en que no se conocian las prácticas parlamentarias ni era tan escetivo el número de oradores. Ademas era complaciente y permitia que se elogiase en su presencia á los escritores contemporáneos, de los que solia decir que escribian bien, pero que escribian mucho. «Yo no los veo nunca, añadía, sino al través de una nube de tinta. Dios nos ha otorgado el don de la palabra, y los hombres hemos inventado la escritura. Para mí los libros son el sepulcro de los acontecimientos.»

Nuestro buen marqués profesaba otras ideas no menos raras sobre los encantos de la palabra, segun mas adelante veremos; entre tanto, sépase que un dia recibió la noticia de haber fallecido su último tío, dejándole por heredero por supuesto. Este era el único lazo que le ligaba á alguna cosa. Al siguiente empezó á ocuparse en los preparativos de un gran viage.

No era á Francia, ni á Inglaterra, ni á Italia á donde pensaba dirigirse; era por todo el mundo, y en cuanto al objeto, se nos permitirá que no le revelemos todavía. Se proveyó anticipadamente de monedas corrientes de oro y plata de todos los paises, se buscó letras sobre las principales capitales del nuevo y antiguo continente, y á este tenor tomó sus medidas de modo que no encontrara obstáculos su proyecto. Cada embajador le prometió la proteccion de su soberano, y cada soberano estaba seguro que lo recomendaria á las autoridades de sus estados.

El carruage escogido para conducirlo á todas partes por donde pudiera rodar, era un modelo de construccion, una obra maestra de mecánica, tanto bajo el punto de vista de comodidad como de velocidad y ligereza. Por medio de un resorte se desplegaba una mesa, y por medio de otro una cama; los rincones contenian el uno un arsenal completo; fusiles, pistolas, puñales, cuchillos de caza; otro la coleccion en china de todos los objetos de tocador; el tercero, alhajas y diges de valor considerable, tesoro de juguetes para obsequiar á sus futuros patrones y á sus hijas; el cuarto estaba destinado á guardar sus tres ó cuatro mil cartas de recomendacion, y por último, el fondo, que podia plegarse cuando se quisiera, como la capota de una carretela, ó cerrarse herméticamente, contenia una magnífica biblioteca de mas de doscientos ejemplares de los vinos mas ricos de España y Francia. Otros dos coches se habilitaron para su médico, mayordomo, ayudas de cámara, cocinero, pinches, y varios criados.

Los preparativos de este viage llamaron mucho la atencion de todos, sin que sospechara nadie, hasta que empezó á despedirse, que habia tomado la resolucion de permanecer



ausente diez años á lo menos; tiempo bastante segun sus cálculos para realizar su vasto itinerario. Al darle el último adiós le hacia cada uno su encargo: «Señor marqués, le decian, puesto que va vd. á tan remotas tierras, vea de traer-nos algunos hombres politicos de mas tacto y menos presuncion que los que tenemos por acá;» otros le encargaban que viera si encontraba literatos de mas ingenio y menos pretensiones; no faltó marido que le recomendase un aviso si encontraba por casualidad alguna colocacion donde endosar su muger, y hubo prójimo que le suplicó especialmente que para bien de la humanidad recogiera, si por dicha las hallaba, una coleccion de mugeres menos antojadizas, menos interesadas y con mas corazon que cabeza que las nuestras, si- quiera para mejorar la raza. Una viuda á cuyos avances de matrimonio se habia hecho sordo el marqués, le pidió apretándole la mano en la puerta de la escalera, que pues iba á ausentarse por diez años, no olvidara traerla un rizo de sus cabellos blancos. Pero su camarera que lo oyó, dijo que procurara traerse á sí mismo, y el marqués la dió una moneda de oro en recompensa de su buen deseo.

El dia designado para emprender el viaje, se agruparon una multitud de curiosos al rededor de los coches, y asomáronse á las ventanas una porcion de gentes; no se mostró enojado por ello el marqués, sino que al contrario, saludó á todos cortesmente desde el estribo, dió la señal y partieron los tres coches camino de Castilla, el del marqués delante y los otros en seguida.

Si es lícito envidiar á los ricos no debemos envidiarlos por sus banquetes, ventaja funesta que les concede Dios en cambio de algunas indigestiones; ni por la consideracion que les rodea porque tambien son victimas de su ambicion; si tienen una buena casa suspiran por un palacio, si son ricos les devora el deseo de ennoblecerse, y si lo consiguen quieren entonces ser de nobleza rancia. Si en algo debemos envidiarlos con justicia, es en esa felicidad de poder viajar y trasladarse á su antojo de un pais que los aburre á otro en que pueden ser dichosos; de las quebraduras de las rocas á la inmensidad de los mares; del cielo melancólico al cielo radiante, de la vegetacion del polo á la de la zona tórrida; en fin, de vivir segun otros sueñan; porque si los viajes son sueños seductores, los sueños son viajes que no se realizan nunca.

Emprendió el marqués su marcha á principios de diciembre para huir de los frios excesivos de Madrid, un mes despues de lo que habia pensado, porque los preparativos se alargaron mas de lo que calculaba. El tiempo estaba crudo; las nieves que habian caído en abundancia se habian helado, y á la bajada de una cuesta junto al pueblo de las Rozas, se espantaron las mulas del coche en que iba el ilustre viajero, á la vista de una carreta cargada de retama verde, salieron á escape y un choque contra la misma carreta determinó la caída del carruaje que fué arrastrado en seguida por la ceguedad del tiro á un barranco hondísimo; todo se hizo pedazos; las mulas quedaron muertas y al marqués le recogieron herido y sin conocimiento; trasladáronle al pueblo en brazos de sus criados, sin que todos los esfuerzos humanos pudieran hacerle recobrar el sentido hasta espirar el tercer dia despues de la catástrofe, y esto para escuchar de boca de los médicos el sano consejo de ponerse bien con Dios y dejar arreglados sus asuntos temporales. Se ignora si en efecto se mostró propicio á tomarlo, pero es lo cierto que dos sema-

nas despues paseaba ya á lo largo de los salones de su opulento palacio de Madrid. El marqués esta ja fuera de peligro, pero no estaba completamente restablecido y aun se temia no lo estuviese nunca. El espantoso golpe que habia sufrido produjo un padecimiento que la ciencia misma desconocia; el magullamiento del cráneo habia operado un fenómeno extraordinario. La luz del dia causaba horror y una sensacion dolorosa y punzante en las pupilas del enfermo, al mismo tiempo que, como consecuencia de su mal, perdió la facultad de cobrar el sueño. En su perpétuo insomnio no podia sobrellevar sino la luz de las bujías. Por lo tanto cerciorados despues de prudentes ensayos, de que el mas leve rayo de luz le exasperaba al extremo de alterar sus facultades intelectuales, se tapiaron las ventanas que daban á la calle y al jardin, doblaron las puertas de la escalera á fin de que al cerrar ó abrir no llegara por ella algun rescoldo luminoso á las habitaciones interiores, y dia y noche el marqués permanecia solo y toda su casa alumbrada con bujías y lámparas.

Así terminó este gran viaje; al marqués le parecia chica la tierra para sus correrías y apenas llegó á tres leguas de expedicion y por poco queda sin efecto el deseo espresado por la camarera de «traerse á sí mismo.»

Vedle ahora enbutido en su gran sillón de terciopelo mirando señalar á sus relojes horas eternas de las que ninguna le concedia un minuto de sueño. Al cabo de la tercera noche, ó mejor espresado, despues de setenta y dos horas de meditacion, llamó al ayuda de cámara y le dijo:

—Trae doce plieguecillos de papel.

El marqués se puso á escribir.

Al dia siguiente esperaban doce personas en la antecámara de su casa el honor de ser recibidas. A las diez comenzó la audiencia: el primero que se presentó fué un capellan muy condecorado. Bien se echa de ver que proponiéndose recibir y hablar en particular á cada una de las doce personas, tendria que concretar sus palabras á la mas estremada concision.

—Mi capellan, ¿de qué se ocupa vd. ahora?

—Señor marqués, sigó mis investigaciones históricas sobre el origen de la monarquia goda y causas de su decadencia. Mi trabajo no constará de menos de veinte volúmenes en folio y en dos columnas, aparte de los comentarios, y apenas tengo concluido el primero.

—Bien, bien; vd. no hará eso, porque le necesito yo para otra cosa: tiene vd. capacidad, mucha penetracion, pero poca fortuna. Pase vd. á ese gabinete donde le ruego que espere un momento.

Sin curarse el capellan de si el marqués se chanceaba ó le dirigia una lisonja, entró en el gabinete como le habia mandado.

El criado abrió la puerta franqueando el paso á dos jóvenes como de veinte y cinco á treinta años cada uno; de risueño rostro y buen porte, aunque un tanto derrotados y sucios.

—Sin preámbulos, señores Mendoza y Valdés; vds. están gastando su tiempo y sus años en escribir versos que el público no compra y comedias que no admíten los corrales. Es una injusticia atroz, porque son vds. ambos personas de buen talento y yo puedo y debo repararla. Pasen vds. á este gabinete á esperarme unos minutos.

Diciendo esto el marqués los empujó hácia la puerta sin darles tiempo para que replicaran.

—Vd., señora, dijo á un nuevo personaje del género femenino que acababa de entrar, sería tres veces amable aun sin ser tres veces viuda...

—Y viuda despues de tres casamientos por amor, replicó la dama interrumpiendo al marqués.

—Eso hace su apología de vd.

—Pero ya tengo experiencia, señor marqués, y...

—Precisamente es de lo que yo necesito.

—¿Como! ¿de mi experiencia de viuda? Pues mire vd., no le pesará ponerse en mis manos, porque...

—En esa estancia, replicó con presteza el marqués temiendo que la viuda no escuchara, hay buena sociedad; hágame vd. el gusto de aguardar algunos instantes.

—Con mil amores, dijo la dama retirándose, victima de la mas espantosa curiosidad.

—El señor de Malvaseca, anunció el criado.

—Bien venido, dijo el marqués recibiéndole en sus brazos. Es vd. el hombre mas digno de aprecio por haber gastado su patrimonio en investigaciones de historia natural que ningun provecho le han dado. Vd., amigo mio, es de los pocos que prefieren arruinarse hablando, mejor que enriquecerse escribiendo. No quedará vd. sin recompensa, vive Dios, ó yo dejaré de ser quien soy. Al punto tendré el honor...

Y le mostró con la mano la puerta del gabinete.

—El honor es mio, pero quisiera saber qué motivo...

La llegada de otro personaje le impidió concluir, y obedeció la indicacion del marqués.

—¡Ah! mi querido general, exclamó éste; supongo ya á punto de darse á la prensa sus interesantes memorias de los viages al Nuevo Mundo, Africa, Asia, Rusia, Alemania, Suiza, Italia, Inglaterra y...

—Si señor, dijo el general, por mí se hallan concluidas pero no encuentro librero que las imprima.

—No lo extraño; son tan voluminosas!...

—Ochenta tomos en cuarto con cuatro mil y quinientas láminas próximamente. El trabajo de toda mi vida; si yo me hallase con fondos...

—Las imprimiria vd. ¿no es verdad?... Pienso que hagamos otra cosa mejor, general, y con ese objeto le he llamado.

—Aquí en el gabinete me esplicaré en breve plazo. Sírvasse vd. pasar á él.

—Pensé que no te encontrarían mis criados, dijo el marqués á un jóven que acababa de entrar; como no tienes domicilio fijo.... ¿Qué te haces?

—Procuro vivir y nada mas: ahora tengo conducta.

—¿Se acabó el patrimonio?

—Con mil ducados mas que debo. No quedándome otro recurso me he echado á buscar el pan en la abogacia, pero con tan buena suerte que he defendido siete pleitos y he perdido ocho.

—Hombre! ¿cómo diablos ha sido eso?

—Porque dando por perdido el último no asistí á la vista.

—¿No escribes nada?

—Absolutamente; desde la sátira que me costó seis meses de cárcel he renunciado á corregir las costumbres de los demas y procuro enmendar las mias.

—¿Volverías á tus orgias y devaneos si tuvieras dinero?

—Me parece que sí.

—Pues entonces me convienes; entra en ese gabinete.

Por lo dicho se infiere que debia haberse infiltrado mu-

cho el marqués, en eso que se llama gran mundo, puesto que tan perfectamente sabia el pasado, el presente y el futuro de gentes de tan diversa condicion como habia convocado en un mismo dia y á una misma hora en su casa. No era sin objeto el haber llamado aquellos que por sus intrigas, pasiones y desgracias podian servir á su propósito; así pues no temia que le objetasen repugnancia; todos eran personas distinguidas y todas por su posicion ó edad libres en sus acciones.

Por temor de ser prolijos omitimos el diálogo siempre del mismo género que sostuvo hasta concluir la audiencia de sus doce convidados.

Evidentemente aunque las doce personas alli reunidas se conocian entre sí poco ó mucho, no daban por mas conjeturas que hacian en adivinar el objeto de ser citadas á una misma reunion; así que era vivísima su impaciencia y curiosidad.

Por fin se abrió la puerta, apareció el marqués de Banderaja y despues de rogar que permanecieran sentados, dijo:

«Por cierto que ninguno de vds. ignora el accidente desgraciado que quizás para siempre estorba realizar mi gran pensamiento de recorrer el mundo.

«Estas lámparas y estas bujías son el mejor testimonio de mi estraña desgracia; desgracia que me condena á no considerar otro sol que esas luces, y otro pais que este palacio y que ha escitado en mí el deseo de meditar los medios de dulcificar el infortunio de mi triste reclusion. Uno solo entre todos me ha parecido que cumplia á mi propósito. Odiando por instinto y por convencimiento los libros, he llegado á creer que las miradas de otros muchos ojos podrian suplir los mios y estudiar otras inteligencias para encanto de la mia. Ultimamente, deseo tener en mi rededor quien pueda viajar por mí, con objeto de que de regreso me refieran con el primor de la novedad, como si viajase yo mismo, todo lo que hayan visto, observado y recogido de raro, interesante y dramático.

«Despues de un analisis detenido he pensado escoger á vds. y tengo el orgullo de creer en la superioridad de mis preferencias. El dinero que habia yo de emplear en recorrer el mundo entero, lo gastará parcialmente cada uno de mis elegidos. Unos irán al Norte; otros al Mediodia; España, Francia, Inglaterra, Alemania y Rusia, tendrán sus viajeros, y América tambien. En vez de embajadores, tendré emisarios en todas las comarcas, que permanecerán durante cierto tiempo, variando este desde uno á doce meses en cada expedicion que volverá á empezar luego y así en lo sucesivo, de modo que periódicamente tenga yo á mi lado por espacio de un mes, á uno de mis viajeros, que narrará cuanto haya observado y crea puede contribuir á aliviar mi desventurada soledad. No exijo individualmente, mas que un mes de reclusion por un año de existencia que crearé á no dudarlo mil veces mas agradable que la que gozan vds. en Madrid hoy que por falta de recursos se ven privados hasta de las cosas mas indispensables de la vida. Mi proyecto nos salva á todos; viajarán vds. como grandes señores; vivirán entre la sociedad mas culta, y los admitirán con distincion en todas partes con el favor de mis recomendaciones y el auxilio de las considerables sumas que pondré á su órden. Tal es mi pensamiento con el que ejerzo ademas un acto de justicia porque en mi opinion el narrador es un verdadero Dios; cualquiera que sea el objeto y la forma de la narracion, cualquiera que sea el asunto, histórico, descriptivo ó moral; al narrador se debe de derecho una vida comoda y una abun-



dante recompensa. ¡Qué arte tan admirable! ¡Cómo ensalzarle con palabras solamente, como espesar su realce sobre todos los demas! ¡Cuánto es menester haber vivido, adivinado, sentido, amado, aborrecido, investigado, padecido, y comparado! ¡Cuánta dosis de penetración para conocer á sus semejantes; para adivinar sus bastardías y sus arranques generosos, para observarlos, definirlos y analizarlos, someterlos y triturarlos en seguida en el molino del pensamiento! ¡Cuánta dosis de paciencia para abismarse en el polvo de las bibliotecas, para aprender en los libros y tomar de ellos, como la abeja de la flor, la parte sustanciosa y útil! Porque para narrar no basta ver solamente es preciso también estudiar; hay que acudir á los libros por mas que yo los deteste. Son sin duda, como he dicho mil veces, la tumba del pensamiento; pero las tumbas guardan los restos de nuestros antepasados y los libros nos conservan la memoria de ellos.

«Ea amigos; creo haberme explicado lo bastante para ser comprendido y aceptado por todos. En este papel está marcado el itinerario é instrucciones de cada uno; sirvanse vds. examinarlo y hacerme las observaciones que crean convenientes.»

Ni una sola palabra se pronunció en contra del plan del marqués, pero en cambio faltó poco para que lo deshicieran á caricias, abrazos y apretones de manos.

El día siguiente contaba Madrid doce ociosos de menos, y un hombre desastrosamente rico que próximo ya á sucum-

bir de tedio, se había creado una esperanza, ese bálsamo consolador de la vida. —He aquí el origen de los doce emisarios del marqués de Banda-roja.

La historia que antecede, nos ha parecido la mas apropiada del mundo para servir de INTRODUCCION al tomo 8.º del MUSEO. El marqués de Banda-roja imposibilitado de ir á estudiar por si mismo la historia, la religion, los usos y costumbres de los diferentes pueblos del globo, ¿no es la personificación mas exacta y verdadera del PUBLICO que siempre preocupado ó perezoso, abrumado de negocios ó de disgustos, necesita recurrir á los escritos del género de los de nuestro periódico para distraerse aprendiendo?—Los doce emisarios del marqués con su distinto carácter é inclinación cada uno; ¿no representan la variedad de materias que constituyen la base de la redacción del MUSEO?—Y el número doce en fin, el periodo y sistema de viajar que el marqués les impone, ¿puede estar mas en armonía con el método de publicación que seguimos?—No abrigamos la menor duda de que nuestros lectores encontrarán exacta la semejanza y aun nos atrevemos á adivinar lo que desean... Que los emisarios del marqués recojan en el presente año apuntes curiosos, nuevos y originales con que recrearlos.—Si es así, como lo imaginamos, pueden estar seguros de que quedarán complacidos.



ORTEGA.

ESCENAS DE FAMILIA.—Los actores improvisados, copia de una estampa de Frangonard.

UN VIAGE A INDIAS.

ANECDOTA MORAL.

No hace muchas noches me hallaba en una casa cuya tertulia diaria y familiar frecuente con bastante confianza, y entre los concurrentes habia un jóven con ojos vivos y ademan resuelto que decia:

—Señoras, vean vds. que tienen que mandar para California, dentro de tres días marchó á Santander, de allí á Liverpool, Nueva-York y California.

—Cómo ¿de veras? le interrumpieron.

—De veras; he reducido á metálico cuanto me es inútil ó no puedo llevar y con ello he calculado que me sobra para llegar á aquellas islas afortunadas.

—¿Qué locura! ¿y que va vd. á hacer allí?

—Locura! aquí no hago nada, no soy nada; voy en busca de oro y de fortuna; aquí el que no tiene dinero es un ente despreciable; voy á buscarlo; por lo demas vds. que califican de locura mi proyecto, escuchen y juzguen. Y desplegando un periódico inglés comenzó á leer:

«Segun las últimas noticias llegadas de California á Nueva-York por un buque de vapor, se sabe que las poblaciones en masa abandonan sus hogares para marchar á los campos en busca de arenas de oro; no hay quien haga zapatos, quien afeite, ni quien guise la comida, porque todas las gentes hallan mas breve hacerse ricos trabajando en adquirir tan precioso metal, que en ejercer tan modestos oficios; un inglés que acaba de llegar en el mismo buque, ha traído veinte mil pesos adquiridos en diez horas de trabajo; otro americano que fué á dar un paseo encontró con un filon tan rico al escarbar con su baston, que se calcula en ocho millones lo que ha mandado á su tierra, con solo tres dias de explotacion; tres emigrados que.....»

—¿Qué! no pase vd. adelante, le interrumpió un caballero ya entrado en años y á quien faltaba una mano; suplico á usted que antes de decidirse, oiga lo que me sucedió en un viage que yo emprendí para las Indias.

Todos los circunstantes formamos corro alrededor del caballero manco, quien principió su narracion de esta manera:

«Tenia yo veinte años; mi imaginacion ardiente me hacia soñar con frecuencia en empresas difíciles, viages arriesgados, adquisicion de gloria y de riquezas. La medianía de mi casa, el transcurrir un día y otro siempre semejante á la víspera, la misma regularidad de mi vida, de esa vida sosegada y uniforme, sin emociones fuertes sin temores y sin recelos, sin mas expansion que la producida por el plato de arroz con leche que me servia los domingos mi ya vetusta nodriza, ni mas sorpresa que el vestido nuevo que me regalaba mi padre cada año para solemnizar el día de mi santo, eran cosas todas que me fastidiaban y que no podia sobrelevar. ¡Quién no ha soñado á los veinte años! ¡Y cuán disculpables son los sueños en esta edad!

«Mis ilusiones estaban en América; habia visto marchar á tantos; habia visto arribar al puerto de mi pueblo á tantos paisanos míos, ricos, felices y contentos, que no me asaltaba

la idea de la razon en que estarian los que regresaban con los que hallaban su sepultura en aquellas remotas regiones. Era jóven y me alisté bajo la bandera abierta en Sevilla, al servicio de Ultramar. Dos impulsos igualmente poderosos luchaban en el fondo de mi alma; el sentimiento grande, el primer sentimiento de consideracion que nos ocurre en la vida, *que es la primera salida de la casa paterna*, el haber de abandonar á mis padres, y el deseo vivo, vivísimo, de hacerme un lugar, de adquirir honra, de procurarme riquezas; este último venció: *Dios me conservará para abrazarlos de nuevo y para ayudarles*, dije, y este raciocinio decidí la victoria: me embarqué.

«Vestido con el uniforme y sobre cubierta de la fragata que nos trasportaba, media con entusiasmada mirada los límites del horizonte que me circuí, acusaba de perezosos á los vientos y reconvenia á las olas que se quebraban en la quilla del buque, porque entorpecian con sus continuas sacudidas su marcha rápida como una flecha.

«Considerábame ya rodeado de indios como me habian contado se veia Diego de Almagro, el primero que cruzó al vireinato de Chile para donde yo me dirigia; me imaginaba á lo mejor combatiendo y sometiendo los araucanos, ese pueblo valeroso é indomable cuya pintura en arrogantes versos y conceptos sublimes, ha hecho inmortal su fiereza, y su nombre el simpár Ercilla, poeta y soldado de los primeros que en nombre de España tomaron posesion de aquellos reinos.

«Habia leído muchas relaciones de nuestra conquista; sabia como el denodado Valdivia habia sentado sus reales en 1541 á costa de grandes fatigas en medio de aquellos turbulentos naturales, como habia establecido sus fortalezas y como despues aquellos araucanos, nunca sometidos, acabaron por derrotarle, por hacerle prisionero y darle muerte. Se me figuraba que era yo el destinado para vengar despues de 260 años aquel ultrage; me veia ascendido en mi carrera, gobernando aquellos inmensos estados, rodeado de chilenos que arrojados con sus *ponchos* (1) sobretodo sin cuerpo, mangas ni botones, aclamaban la justicia de mi gobierno. La ocasion no podia ser mas propicia; corria el año 1816 y aquellos estados estaban en completa insurreccion, insurreccion que estalló en las Américas y alentó la agresion de Napoleón en nuestra misma casa, y que habia de arrebatarlos su posesion al cabo de algun tiempo; pero yo no pensaba en nada de eso; solo veia en mi fantástica imaginacion oro y gloria y nada me hubiera arrancado de mis delirantes ilusiones sin la completa y terminante obediencia que me habia impuesto la ordenanza: la corneta llamaba á revista.

«Con buen tiempo y buen humor, con poco dinero y muchas esperanzas, hice la travesía, y yo y mis compañeros llorábamos y creimos volvernos locos de contento al despertarnos una mañana el rumor de las cajas de guerra y los gritos del grumete vigia, que desde lo alto del palo mayor esclamaba:—¡Tierra! ¡tierra!

«Iban á realizarse mis esperanzas; pocas horas mas de paciencia y despues contemplar las maravillas que me habian contado y las mas grandiosas que me habia creado la imaginacion. Arribamos á Coquimbo.

«Nuestro primer cuidado fué besar la tierra, y abrazar á

(1) El poncho de los chilenos es igual á las mantas que en España se conocen con el mismo nombre pero algo mas corto. (Véase el grabado.)

nuestros compatriotas; despues volvemos todo ojos para ver y admirar; moliamos á preguntas á los que salieron á nuestro encuentro que á su vez nos molian ellos á nosotros. ¡Interesan tanto las noticias de la metrópoli nos atañian á nosotros tanto las de la colonia en que íbamos á vivir!.....

«Pero amigo que diferencia hay en el mundo de lo vivo á lo pintado!

«Una de mis mayores sorpresas, lo confieso, me la proporcionó el aspecto de las mugeres; yo no esperaba encontrar, á escepcion de las españolas, mas que indias bravas y negras salvages, pero nuestra dominacion en el pais habia mezclado las razas resultando otra encantadora, que participaba de la esbeltez y color bronceado de la borigena y de la desenvoltura y altivez de la europea. No sé si seria efecto de mis pocos años, pero no he encontrado despues mugeres que me hayan seducido mas; bajo las clasificaciones de *blancas*, *medio blancas*, y hasta *octavo-blancas*, encontré en su espresion mas sublime, la amabilidad y el agrado; poseyendo bajo el aspecto de una indolencia habitual, arranques felicisimos de imaginaciones privilegiadas y sentimientos nobles y generosos en el corazon, y eso que en su mayor parte nos aborrecian: habian levantado ya la bandera de independendia y este deseo era general en todas las edades y en todos los sexos.

«En 1810 se insurreccionaron por primera vez y negociaron una transacion en virtud de la cual podian enviar diputados á las córtes de la metrópoli; pero en tanto cambió la faz política de la península, y ademas por sus disensiones de partidos, tuvieron que someterse de nuevo al virey de Lima que habia recibido refuerzos; sin embargo, todo esto fué aparente. *Independendia* era el grito; la guerra estaba encendida.

«En tanto llegué yo: nuestros compatriotas recibieron el corto refuerzo que les llevábamos como enviado por la mano de Dios; sus apuros crecían á cada paso, no eran ya dueños sino del terreno que pisaban; en aquellos momentos se disponia una expedicion para el interior: al cabo de breves dias de descanso marchamos.

«Poco á poco íbamos internándonos por los asombrosos valles de los Andes, revestidos de una vegetacion gigantesca; de inmensos bosques de pinos ó *pehuens*, que algunos se alzan á 300 pies; de cedros rojos, de pellinos y quillais; cada desfiladero mermaba nuestras filas en una cuarta parte de nuestra gente; las tempestades que instantáneamente se formaban sobre nuestras cabezas, aquellas eternas nieves que coronaban las cumbres de los cerros, nos desalentaban así como el recelo de vernos hostilizados á cada momento pisando un terreno casi del todo enemigo, y disminuyendo en estraviados y en continuas escaramuzas una gran parte de nuestros camaradas.

«Confieso que este género de vida, empezó á inquietarme; traté de informarme de la existencia de las minas en que fundaba mi porvenir, y con harto dolor supe que pensando los araucanos que la sed de oro era lo que solamente llevaba los extranjeros á su patria, habian inutilizado una riquísima, é impuesto pena de la vida al que tratara de acercarse á ella; las demas ya no producian, porque unas estaban cegadas, otras se hallaban en sitios inabordables, y otras agotadas ó destruidas por la codicia de los primeros, que sin conocimientos se entregaron á su explotacion.

«Sin embargo, no me faltaba dinero para satisfacer con comodidad todas las necesidades de la vida, y como por otra

parte encontraba por do quier iba cosas estrañas que admirar, sobrellevaba las fatigas de la guerra con toda la resignacion posible. Pasé por Santiago (1), capital del reino de Chile, donde me llamó la atencion la anchura de las calles y las plazas y la construccion de las casas que constan solo de un piso á fin de que presenten menos eventualidades de ruina caso de terremotos que alli son muy frecuentes. Confieso que estos y la expedicion que hicimos varios compañeros y yo á la bajada del cráter de un volcan, de los muchos que alli existen, que lanzaba grande cantidad de humo y que hervia con un rugido parecido al sordo gruñir de un perro cuando se le incomoda, han sido las cosas que han producido sobre mí un efecto mas considerable de miedo.

«Un dia hallándome en Santiago alojado con mis camaradas en los aposentos de un convento que habia estramuros, aconteció una aventura que no quiero pasar en silencio. Bajo una anchurosa galeria inmediata á un patio que comunicaba á aquellas vastisimas campiñas, teníamos dispuesto un esquisito rancho compuesto de tuca y bacalao, é íbamos á sentarnos á la mesa cuando me apercibí de que habia sobre ella un bicho pequeño que me pareció un gato, el cual estaba tranquilamente recreándose con nuestra comida. El primer movimiento fué á espantarle, diciendo *sus*; marcha! pero el muy descarado me miró con insolencia y continuó como si aquello se hubiera dispuesto para él; acerqueme para sacudirle y de un salto se puso sobre la ventana que daba al patio, desde donde hizo una aspersión con cierto liquido que tiene en una vejiga en el nacimiento de la cola, con el cual cuando se vé perseguido produce un olor tan fétido que se siente á la distancia de un cuarto de legua; mis compañeros me reconviniéron ágridamente porque no habia permitido que se comiera nuestro rancho mejor que provocar su ira, pero ya no tenia remedio; aquel bicho era el *chinghe*, que merced á su aromático licor, tiene el privilegio de entrar en las casas, comer y beber familiarmente, y ser respetado de todo el mundo, por temor de una rociada que obliga á la emigracion. Aquel mismo dia tuvimos nosotros que mudar de alojamiento.

«Uno de mis primeros cuidados en Santiago fué preguntar por la iglesia del misionero. Me habian asegurado y despues lo he visto referido en una historia de Chile (2) que un misionero construyó en el tronco de un solo arbol una iglesia de 60 pies, comprendido su campanario, armadura de bóveda, puertas, ventanas, altares y confesonarios. Omíto decir que no me la enseñaron, si bien es cierto que de aquellos bosques impenetrables y vírgenes desde la creacion del mundo, se ha estraído arbol que ha producido ochocientos tablas de 18 pies.

«Pero amigo veo que estoy molestando su atencion y haré por reasumir para llegar pronto al fin de mi viage á Indias, que es lo que á vd. le debe importar.»

Todos á la vez le rogamos que continuara, porque le oíamos con sumo gusto, y él en efecto continuó de este modo:

«La insurreccion iniciada ya hacia ocho años adquirió una importancia inmensa con los refuerzos que recibieron los chileños de la república de Buenos Aires: dos batallas sangrientas y desastrosas para nosotros, las de Maypu y Santa-Fé resolvieron el problema de su independendia; nombraron

(1) Didaure es el autor.

(2) Véase el tomo V del Museo, pág. 262.

un director supremo, el cual publicó en 1818 una constitucion provisional, y abolida esta en 1822 fué reemplazada al año siguiente por una acta constituyente promulgada por una asamblea ilegal, pero que en virtud de la cual forma este país la llamada república de Chile representada por un congreso.

«Yo cai herido y prisionero; á mi buena fortuna debí que me trataran bien, aunque perdi una mano, y despues de un año conseguí, no sin trabajo, un trasporte para volver á la metrópoli, mi cara patria. Con la pérdida de mi mano esperimenté tambien la de unos tres mil pesos que mi empleo de sargento, á que habia ascendido, mis economías y mi buena suerte me habian proporcionado, y dejó á la consideracion de vd. las penas de la travesia: regresé á España y desembarqué.

«Era por 1820, cuatro años despues de mi partida. Hacia dos años que no sabia de mis padres: cuando llegué á mi pueblo me informaron que mi padre habia muerto despues de haber agotado los recursos de su escasa fortuna en una enfermedad larga y penosa; hallé solo á mi madre paralitica, sumida en la pobreza y ayudada únicamente por su fiel nodriza.

—¡Hijo mio! me dijo llorando de alegría, al abrazarla yo, al fin te veo!

—¡Si, pero sin oro!

—¿Qué importa si Dios me devuelve mi hijo?

—Por todo recurso traia á estas pobres mugeres una mano de menos, testigo de mis glorias, y por toda fortuna una boca de mas para ayudar á consumir lo poquísimo que habia dejado mi padre.»

Una lágrima surcó la megilla del caballero que despues de una breve pausa continuó.... «Curado de la mania de hacer fortuna por medios extraordinarios, me dedique á trabajar con todo el ahinco que mi situacion exigia, y á fuerza de asiduidad, de economia y de constancia he logrado vivir con desahogo y asegurar la subsistencia para la vejez sin necesidad de volver á las Indias. Si el ejemplo de lo que á mí me ha ocurrido puede servir para apartar á vd. de su proyecto yo....

—¡Ah! no señor, interrumpió vivamente el jóven. Una capicion no hace regla. Vd. emprendió su viage en mala época y á un país ya esplotado; yo, por el contrario voy á San Francisco de la California donde se sabe que sobra el oro....

—Y falta todo lo demas, dijo el caballero. Vea vd. sino los periódicos que acaban de anunciar el envío hecho por un mecánico belga de una fonda de hierro para cuarenta personas. Lea vd. con detencion y verá que una botella de aguardiente cuesta 500 reales y por el estilo todo lo demas. ¡Oro! ¿dónde? ventura se encierra toda la dicha en la posesion de ese metal?

—En nuestro siglo suple á todo, añadió el jóven; ademas yo tengo formada mi resolucion y nada en el mundo me apartará de ella.

—Pues en ese caso vaya vd. á la California; podrá suceder que no halle vd. como no encontré yo la fortuna que busca; acaso no volverá vd. cargado de riquezas, pero volverá provisto de experiencia que es un tesoro inestimable cuando se emprende la carrera de la vida.»



Mercado de Valparaiso en Chile

GLORIAS DE ESPAÑA.



IRABIETA

Alcon delante de Anibal.

ORTECA

LA DESTRUCCION DE SAGUNTO.

I.

Humeaban con el odorifero incienso las aras dedicadas á Júpiter Optimo Máximo en el suntuoso templo de la opulenta Cartago: las víctimas coronadas de flores eran conducidas al sacrificio, y los ancianos sacerdotes, elevando al

TOMO VIII.

cielo sus plegarias y consultando las entrañas palpitantes, vaticinaban el resultado de la empresa que el senado de Cartago proyectaba é imploraban el favor de los dioses, según era costumbre hacerlo en solemnes ocasiones y mas especialmente cuando se trataba de una expedición guerrera como la que entonces se estaba disponiendo. Formados se hallaban en la gran plaza del templo muchos soldados de los que en breve habían de partir, pues el sagrado recinto,

aunque bien anchuroso, no podía dar cabida mas que á los principales ciudadanos de Cartago, á los senadores y á los gefes militares. Distinguiase entre estos por su arrogante figura y por la riqueza de su traje, Amilcar Barca que era entonces el generalísimo de todas las tropas y aquel en quien el senado y el pueblo tenían puesta toda su esperanza. Aquel guerrero, contento y animoso siempre que se trataba de ir en busca del enemigo, parecia en aquel acto mas regocijado que de costumbre y tenia á su lado á su hijo Anibal, que contando apenas nueve años de edad, en estatura y en brios parecia ya un jóven, y se mostraba sobre todo muy ansioso de empuñar las armas y de seguir las huellas de su ilustre padre.

En uno de los graves momentos de aquella religiosa ceremonia, tomó Amilcar á su hijo de la mano y en medio del profundo silencio y de la viva curiosidad de los circunstantes, le llevó delante del ara y haciéndole poner la mano sobre ella, pronunció en voz alta estas palabras:

—Antes de partir conmigo á la guerra, júrame, hijo mio, sobre esta ara odio eterno á los romanos y que morirás antes que rendir á estos declarados enemigos de nuestra patria, las armas que hoy por la vez primera vas á recibir.

—Lo juro, padre mio, contestó el niño con voz segura é inteligible, y en seguida su mismo padre, en medio de aquella asamblea nacional, le entregó el escudo y la lanza; espécie de investidura usada en aquel pueblo y que equivalia á declarar que el investido era ya capaz de tomar las armas y que desde aquel momento debia ser tenido y considerado como capaz de todos los actos de hombre libre, hasta el de tomar asiento en el consejo público, aunque no siempre se anticipaba esta ceremonia á tan temprana edad como en el caso presente y en gracia del ilustre personaje.

Concluido el acto religioso, sacó Amilcar á su hijo al peristilo del templo y presentándole desde la primera grada á la muchedumbre que en la anchurosa plaza se apiñaba, gritó:

—Mirad, ¡oh hombres!.... He aquí á mi hijo Anibal que ya es un hombre tambien. Desde hoy en adelante ya no le trateis como un niño.

Un grito unánime y favorable de aprobacion resuena en toda la plaza y los soldados en particular, con sus ardientes aclamaciones, parece que prematuramente saludan al que muy en breve ha de ser su general.

II.

Era entonces la época en que la opulenta Cartago, despues de haber extendido su dominio por todo el litoral de Africa, de haber fundado una colonia en Córcega y de haberse apoderado de la Sicilia, estaba seriamente empeñada en la conquista de la España. Los españoles á impulsos de su generoso carácter, se habian entregado sin reserva á los cartagineses, cuando estos se presentaron como afectuosos aliados cuya amistad debia ser ventajosa y duradera; mas cuando conocieron la avaricia de aquellos estrangeros que esplotaban las inmensas riquezas del hispano suelo, y cuando les vieron presentarse sin reserva como fieros conquistadores, entonces lucharon para lanzar de su territorio á los que asi habian abusado de su buena fé, y empezando aquella sangrienta y porfiada lucha contra las huestes cartaginesas, vencieron á generales tan célebres como Amilcar y Asdrubal, que por poco tiempo le sucedió en el mando.

Por muerte de estos dos experimentados generales, fué elegido para ponerse al frente del ejército el jóven Anibal que aun no contaba veinte y cinco años. Lleno de valor y de esperanza y amaestrado en los ejemplos y lecciones de su padre, determinó, siempre con la mira de humillar la soberania de Roma, afianzar primero su poder en España, ganándose la voluntad de los naturales. Conocedor de lo que valian las huestes españolas y de que sojuzgarlas por la fuerza era empresa harto difícil, á pesar de la preponderancia de las armas de Cartago, disminuyó las exacciones de metales preciosos, trató á los que á él acudian con la mayor afabilidad, procuró disminuir las injusticias que se cometian, solicitó la alianza de las principales familias del país y aun se casó con una española, la jóven Himilce. Cuando con esta sagaz politica tuvo quietos, sino convencidos, los ánimos de los naturales, dió rienda suelta á sus pensamientos y deseos, que no eran otros mas que contrarestar la preponderancia que Roma empezaba á tener en la peninsula, cuya posesion queria disputar, y satisfacer por consiguiente, su odio hereditario, lidiando contra los romanos, eternos rivales de Cartago. Era necesario para esto un motivo cualquiera y Anibal fué á encontrarle poniendo sitio á Sagunto, lo que era tanto como desafiar todo el poder romano.

Sagunto, ciudad cuya fundacion se remonta á la primera edad de España, era entonces muy poderosa por sus riquezas, habitantes y ventajosa posicion no lejos del mar: era la única ciudad que á los cartagineses faltaba poseer del lado de acá del Ebro, y era sobre todo la primera que habia formado alianza y confederacion con los romanos, razones mas que suficientes para que Anibal fuese á acometerla con todas sus fuerzas, que ascendian á ciento cincuenta mil hombres. Taladas todas las campiñas y asolados todos los lugares del contorno, se acercó á la ciudad con su ejército dividido en tres cuerpos; pero los valerosos sitiados, no solo salieron de la plaza á rechazar las acometidas del enemigo, sino que le escarmentaron cruelmente en los primeros asaltos. Anibal entonces hizo avanzar á cubierto de los manteletes, las máquinas de guerra, y empezó á batir con brio las murallas enemigas, teniendo á sus soldados dispuestos para el asalto.

Cuando á impulso de los arietes y catapultas ve hundidas las puertas, desportillados los muros y desplomadas las torres de la ciudad, un bárbaro gozo resplandece en su frente.

—¡Avanzad ahora! grita á sus soldados, y él mismo, impulsado por su valor y su deseo, avanza tambien, trepa por los escombros, llega, descubre el interior de la ciudad, que ya no tiene mas defensa que los pechos de sus moradores, y esclama lleno de gozo:

—¡Ah, Sagunto es mia!

En aquel instante, una falárica, especie de lanza arrojadiza, característica de los saguntinos, viene silbando por los aires á clavarle en el muslo y Anibal baja rodando, lanzando un suspiro de dolor. Todo el ejército consternado da un grito lastimero, creyendo que su jóven general ha exhalado el último suspiro.

III.

Jamás tuvo Roma aliados mas constantes que los españoles, ni otros á quienes mejor debiera ceder parte de su gloria en la conquista del mundo; pero tampoco hubo otras gentes á cuyo auxilio mas tardasen las legiones romanas en venir

en los momentos de peligro, como lo prueba el triste ejemplo de los saguntinos. Despues de repetidas quejas y reclamaciones de los valerosos sitiados, resolvió al fin el senado romano, no el enviar con la premura que el caso exigia un ejército al socorro de los saguntinos, sino embajadores que en nombre del pueblo romano anunciassen á Anibal desistiese de su propósito, como si pláticas amistosas pudieran ya contener, en el estado en que se hallaban las cosas, los impetus belicosos de aquel afortunado general.

Anibal, ni aun se dignó escuchar á los legados; así que le noticiaron su desembarco, les envió á decir que no los consideraba seguros en medio de aquel campamento formado de tantas y tan diversas gentes, y que en cuanto á él, los muchos cuidados y negocios de la guerra no le dejaban un momento siquiera para entretenerse en escuchar sus palabras. Tan poco disimulado desaire indignó á los embajadores romanos P. Valerio Flacco y Q. Bæbio Tamphilo, que se hicieron á la vela para Cartago, y presentándose en el senado, abogaron por la conservacion de los tratados, y aun llegaron á pedir la destitucion del osado general que se habia atrevido á infringirlos. Tenia el sagaz Anibal muy previsto este caso, y habia enviado con tiempo sus emisarios para que preparasen los ánimos ó interesasen á los gefes de la parcialidad de los Barcas, de modo que no prevaleciese el dictamen del bando contrario que acaso pudiera ser favorable á los romanos. Así salió vano y frustrado el intento de los embajadores, contra quienes habló Hannón, llevándose tras sí la atencion y los ánimos de los senadores cartagineses, que se declararon propicios á Anibal, dándose por lo tanto á los legados de Roma esta respuesta:

—Que de la guerra comenzada, á los saguntinos, y no á Anibal debia culparse, y que el senado de Roma procedia con mucha injusticia al posponer á la alianza de los saguntinos, la que de muy antiguo tenia formada con el pueblo cartaginés.

Indignado Valerio, el principal de los embajadores, con aquella evasiva respuesta y conociendo que los cartagineses no deseaban otra cosa mas que ganar tiempo, avanzó colérico hasta el medio del senado y con enérgica demostracion, recogió su manto talar hacia su pecho, reteniéndole con ambos brazos como si allí llevase algo escondido, y exclamando en alta voz:

—Paz y guerra traigo en el pecho: escoged decididamente lo que quisiereis.

—¡Guerra! contestaron unánimes los cartagineses.

—¡Ahí os queda la guerra! exclamó Valerio, desprendiendo con aire su ropage, á cuya demostracion los cartagineses, poniéndose en pié y esgrimiendo sus armas, contestaron clamando:

—¡Guerra! ¡guerra!

IV.

Mal de su grado tuvo Anibal que dar algun respiro á los saguntinos, mientras se curaba de la herida y se hallaba en disposicion de volver á campaña; mas así que pudo acudir donde le llamaban sus deseos de venganza, los sitiados volvieron á verse en el mayor aprieto, pues el cartaginés deseaba aprovechar aquellos momentos en que los romanos, única esperanza de los saguntinos, se hallaban entretenidos en estériles negociaciones. Hizo construir una alta torre de madera, que pudiera ser llevada de un lado á otro, y desde la que se pudiese ofender á los defensores de los muros, pues los saguntinos

habian tenido buen cuidado de reparar las brechas que resultaron en los primeros ataques. Mientras que por la parte de arriba incomodaba de la dicha manera á los sitiados, enviaba quinientos africanos de los mas temerarios para que minasen el muro y destruyesen las recientes obras de los sitiados, trabadas con barro en vez de la acostumbrada argamasa de cal, pero los valientes saguntinos acudian con presteza á todas partes y, cuando no habia otro reparo, presentaban sus pechos para defensa de la ciudad. Hallábanse reducidos al último apuro, no solo por el hambre espantosa que ha pasado á proverbio, sino porque habiendo perdido todas las obras exteriores, se hallaban como apiñados en la parte mas alta y defendible de la ciudad. Tres torres habia derribado Anibal; pero siempre que sus huestes subian al asalto eran rechazadas por los saguntinos, que entre otros arbitrios sugeridos por la desesperacion, habian ideado el envolver las fábricas en estopas untadas de pez y prendiéndolas fuego al mismo tiempo de disparar, nada era comparable al horroroso efecto de estas armas arrojadas, cuando acertaban á clavar en el cuerpo de los enemigos ó cruzaban por entre sus compactas filas; pero en vano son todos sus ardides; Anibal, exasperado por la resistencia y deseando tomar ruidosa venganza, no repara en pérdidas y cierta es ya la ruina de Sagunto. Alcan que pasa de la ciudad al campo cartaginés con alguna esperanza de concierto, queda aterrado á vista de las duras condiciones que impone un enemigo seguro del triunfo, y temiendo por su vida, no se atreve á volver con tal respuesta á sus compatriotas. Entonces Alorco, que á pesar de hallarse alistado en el bando cartaginés, conserva antiguas relaciones con los saguntinos, entra en la ciudad para ver si puede reducirlos, haciéndolos saber lo que en aquel conflicto se digna concederles quien puede privarlos de todo cuanto poseen.

V.

Recibido Alorco en medio de los saguntinos y creyendo que trabajaba á su favor, atendida la apurada situacion en que los veia, dijo en alta voz á cuantos le rodeaban:

—No he venido á proponeros la paz cuando teniais fuerzas para resistir, murallas que os amparasen y esperanzas del auxilio de los romanos. Ahora que nada de esto poseeis, la paz os es necesaria, y para obtenerla, forzoso tambien el sujetarse á las duras condiciones que mas que el vencedor os impone vuestra adversa fortuna.

—¡Aun no hemos sido vencidos! advirtió uno de los ancianos del pueblo..... pero de todos modos, sepamos las condiciones que el enemigo nos impone.

—Anibal os perdona las vidas: podeis salir libres con vuestras mugeres é hijos á ocupar el sitio que os designe, llevando tan solo las ropas indispensables para la decencia y abrigo: lo demas, todo ha de quedar en poder del vencedor; el oro, la plata, las armas, los bienes públicos y privados. ¡Sagunto, en fin, ha de ser suya!

Ni los ancianos del pueblo querian dar respuesta, ni tampoco fuera posible en medio del espantoso tumulto que estas palabras escitaron. Los habitantes corren desesperados por todas partes, amontonan sus riquezas en medio de la plaza, y las prenden fuego, haciéndolo tambien con sus casas, que es lo único que no pueden trasportar. Todas aquellas pirámides de fuego se reunen poco á poco en una inmensa hoguera, cuyos torbellinos se elevan en los aires despidiendo

un fúnebre y rojizo resplandor. Oyese en aquel momento un estruendo de torres y edificios que se desploman, y todos creen que los enemigos entran en la plaza. Entonces Hermándico, el gefe de mas valor y prestigio que aun queda en Sagunto, se acerca, armado como se hallaba, á la hoguera, y esclama:

—¡Compañeros, ya no hay esperanza! el enemigo va á invadir nuestras murallas; pero esta triste suerte en nada empaña nuestra gloria. Aun nos queda el escoger entre una muerte gloriosa y una vida de esclavitud y menosprecio. ¡Ved aquí las llamas y allí el enemigo!.... Escoged!.... En cuanto á mí, aun sé morir el primero para librarme del bárbaro y odioso vencedor.

Dijo y se arrojó de improviso en medio de la hoguera; algunos le imitan en el acto, otros arrojan primero á los débiles, y atraviesan con sus espadas á los tímidos y aun á las mugeres y los niños. Vense allí amigos que se arrojan abrazados á las llamas, y escenas de horror y desesperacion de que los mismos feroces enemigos se hubieran aterrado, si hubiesen podido contemplarlas; mas cuando ellos penetraron en la desventurada ciudad, la hoguera como rápido y devorador torrente propagaba sus radios de fuego que desde la plaza se prolongaban por las calles inmediatas, invadiendo los edificios cuyas techumbres crugian y se desplomaban, entre gritos lastimeros de los que el incendio devora y de víctimas que espiran por todas partes de un modo espantoso. Tal fué el ejemplo de heroica defensa que los saguntinos, despues de ocho meses de continuados combates, quisieron dejar á los venideros siglos.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

POESIA.

SALMO 44 DE LA BIBLIA HEBREA.

443 DE LA VULGATA.

MEMOR (1).

- 1.º Cuando salió Israel del fiero Egipto...
la estirpe de Jahacob enaltecida,
de entre el pueblo maldito
y de opresion infanda á dulce vida.
- 2.º Entonces fué para eternal morada
elegida Judáh por el Dios fuerte;
y á la cumbre empinada
alzó de su poder al pueblo inerte.
- 3.º El mar lo vió!... y sus ondas reprimiendo
huyó al profundo abismo... su corriente
rápida suspendiendo,
volvió el Jordán á su primera fuente.
- 4.º Los montes, como próceres carneros,
á su presencia de placer saltaron:
cual tímidos corderos,
las humildes colinas retozaron.

(1) Debemos á la complacencia del distinguido escritor don José Amador de los Rios, esta muestra del ensayo de traduccion que está haciendo del original hebreo, y no de la Vulgata, de los Salmos de David; por ella juzgarán nuestros lectores del mérito de un trabajo, tanto mas difícil, cuanto que el original por su energia y concision es intraducible á formas regulares y poéticas de nuestra lengua

- 5.º ¿Qué hay á tu vista, ¡oh mar impetuoso!
que huyendo, así descubres tus arenas?...
Y tú, Jordán undoso,
¿por qué vuelves tu curso y lo refrenas?
- 6.º ¿Por qué saltáis, los montes encumbrados,
como alegres carneros y arrogantes?...
¿Por qué, humildes collados,
triscáis, á los corderos semejantes?...
- 7.º Del Señor sacrosanto en la presencia
yo, tierra conturbada me confundo:
ante su pura esencia
ante el Dios de Jahacob se humilla el mundo
- 8.º El es quien trueca la robusta roca
en límpida laguna y transparente;
y á la sedienta boca
en duro pedernal dá clara fuente.

21 de enero de 1849.

SALMO 437 DE LA BIBLIA HEBREA.

436 DE LA VULGATA.

- 1.º Sobre los rios de Babel temida,
allí nos asentamos;
y al recordar nuestra Sion querida
con lágrimas lloramos.
- 2.º De los sauces que entoldan sus riberas,
dentro ya de sus muros,
colgamos nuestras harpas lastimeras
entre los hierros duros.
- 3.º Que allí nuestros tiranos con desdoro
cánticos nos pedían;
y júbilo á las cítaras de oro
que en las ramas pendían.
- 4.º ¡Cantadnos de Sion el dulce canto!...
¡Ay!... ¿cómo en tierra agena
cantaremos de Dios el himno santo,
transidos de honda pena?...
- 5.º ¡Si de tí me olvidare solo un punto,
dulce Solima nuestra,
olvideme en la tierra todo junto!...
olvideme mi diestra!...
- 6.º Quede mi lengua al paladar pegada
si no te recordare;
si en mis delicias, ¡oh Salem preciada,
mi voz no te ensalzare!...
- 7.º ¡Jhowáh, recuerda á los de Edom sangrientos
y de Salem el día...
¡descubrid, descubrid sus fundamentos!...
su lengua vil decia.
- 8.º ¡Hija de Babilonia, la asolada!...
¡dichoso el que te pague
tal galardón!... ¡El que la diestra armada,
como estragas, te estrague!...
- 9.º Glorioso el que colmándote de duelos
y amargas desventuras,
te robe y despedace tus hijuelos
contra las rocas duras.

42 de enero de 1849.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.



CRISTOBAL COLON.

APUNTES HISTORICOS.



Cristóbal Colon ante el concilio de Salamanca.

I

ANTES.

El grabado que acompaña á este artículo representa una de las páginas mas interesantes é ignoradas de la vida de Cristóbal Colon. Harto sabidossón los desaires que de la mayor parte de las córtés de Europa sufrió este grande hombre tratado de visionario. Portugal, Génova y Venecia no se dignaron ni aun escucharle. Mas á pesar de estos contratiempos y de haber de luchar con su estremada pobreza, no decayó de ánimo, emprendió con su hijo el camino de España para venir á implorar de su córte, lo que con tanta injusticia le negaban las demas. Era poseedor de una carta de recomendacion para Isabel de Castilla y supo ganarla con su entusiasmo y seducirla con la magnificencia de sus proyectos.

La reina mandó á su confesor fray Fernando de Talavera hiciese congregar una comision de sábios para someter á su exámen los proyectos de Colon. Empezáronse las conferencias en 1484 en el convento de San Esteban, donde encontró una generosa hospitalidad: componíase la asamblea toda de monges, de maestros de astronomia, de geografia, de

matemáticas y otros ramos de ciencias, y de muchos dignatarios de la iglesia y clérigos eruditos. La mayor parte de los respetables individuos de este cónclave, acudían prevenidos contra las fantásticas ideas de este visionario, segun le llamaban los ignorantes. El orgullo mismo de todos estos sábios, se interesaba en satirizar los proyectos del investigador, sin que faltara quien dijera «que era sobrada presuncion para un particular suponer que poseia conocimientos superiores á los de todo el resto del género humano» y como solo era un marino desconocido y sin título alguno universitario, se mantenían en guardia contra sus argumentos hasta los hombres ilustrados.

A pesar de todo, con ademan tranquilo y mirada firme se presentó á esponer sus teorías ante aquella respetable asamblea, abogando, como ha dicho uno de sus historiadores, por la causa del Nuevo Mundo. Desde luego sonrieron con desden la mayor parte de los congregados, logrando solamente escitar la atencion de sus conjeturas basadas en demostraciones de astronomia y cosmografia, en los religiosos del convento de San Esteban, que eran en España de los mas instruidos y versados en las ciencias exactas.

Asi que Colon acabó su discurso impugnáronle con un sin número de objeciones cimentadas á falta de ciencia en la fé religiosa, asunto harto extraño á la cuestion que se venti-

(1) Véase en el tomo II del Museo, página 292, el artículo titulado Descubrimiento del Nuevo Mundo.

laba, contestándole con citas de padres respetables á su arsenal de argumentos geográficos. Los antiguos autores de esta ciencia sostenían la existencia de los antipodas; Plinio afirmaba era asunto digno de dilucidarse; mas Lactancio proclamaba absurdo pensar en ellos, porque no concebía hubiese hombres que pudiesen vivir cabeza abajo y que la nieve y la lluvia ascendiera en vez de bajar, y San Agustín afirma que la doctrina de los antipodas era incompatible con la fé, porque entonces no serían todos los hombres hijos de Adán, como dice espresamente el Génesis.

Agotada la discusión dentro de este círculo de ideas, comenzaron á oponer objeciones científicas en apariencia: los mas entendidos de la asamblea admitían la existencia de otro hemisferio, pero declaraban no sería posible arribar á él porque se gastarían á lo menos tres años en la navegación, y además porque nunca sería dable cruzar por la zona tórrida. Otros, citando la autoridad de Epicuro, convenían en lo concerniente á la forma esférica de la tierra; pero no en que se extendiese el cielo mas allá del hemisferio septentrional, donde suponían hallarse todo en el caos. Algunos concedían á Colon la existencia del segundo hemisferio y la posibilidad de arribar á él, pero decían: siendo la tierra redonda, no será posible una vez en la parte opuesta de la esfera, volver á montar sobre nuestro horizonte por mas que se quiera suponer favorable el concurso de los vientos.

Colon se esforzaba en combatir todos estos argumentos gastando un tiempo que le hacia falta para esponer sus propias teorías; les decía que hasta la Biblia misma empleaba símbolos para hacerse comprender de las inteligencias mas escasas; que si bien en lo tocante á materias religiosas no podia ni debía hacer mas que humillarse ante la autoridad de los santos padres, no podia convenir lo mismo matemáticamente hablando, en que fuesen infalibles; y por lo que respecta á los argumentos geográficos, bastaba á combatirlos su instrucción y su experiencia; contestando á los que negaban la posibilidad de cruzar la zona tórrida, que él mismo habia navegado hacia la Guinea donde vió riberas deliciosas, fértiles y sembradas de casas.

Al principio intimidado Colon por el aspecto augusto de su auditorio y por lo atrevido de su proyecto, comenzó á hablar con timidez y dificultad, mas no pasó mucho sin que recobrado su espíritu por la ciencia de su genio, echara á un lado los instrumentos y mapamundis, y buscando á sus adversarios en su terreno predilecto, citó tambien testos magníficos, sublimes versículos de la Biblia y palabras misteriosas de los profetas, que en su entusiasmo habia considerado siempre como presagio divino de un mundo ignorado, de las islas afortunadas que prometía descubrir. Las Casas y sus contemporáneos cuentan que su palabra estaba poseída de inspiración, que resplandecía su mirada, y que en su continente digno y magestuoso se reflejaba la grandeza de su genio.

Algunos individuos del consejo llegaron á persuadirse, fascinados de elocuencia tan natural; Diego de Deza, de la orden de Santo Domingo, á la sazón profesor de teología en el convento de San Esteban, y después arzobispo de Sevilla, se puso de parte de Colon y defendió con calor sus propósitos ante sus colegas. Pero á pesar de todo, los ánimos no le eran propicios, y hasta el mismo presidente, Fernando de Talavera, distraído con los negocios públicos, hacia cada vez menos aprecio de las razones de Colon, y dejaba que poco á

poco fuera desmayando el interés de las conferencias, que cesaron por último definitivamente, con motivo de trasladarse la corte á Córdoba por la primavera de 1487. Tal oposición, y un informe nada favorable, resfriaron las escelentes disposiciones del rey; después la guerra que sobrevino con los moros hizo que por el pronto quedara Colon relegado al olvido.

Nuestro grabado representa á Colon en el acto solemne de la discusión; con una mano sobre un libro y otra en la esfera, argumenta, prueba, rebate; su escrutadora mirada da á su fisonomía un carácter de extraordinaria inspiración que reanima su espíritu en tanto que se divisan en su derredor á sus jueces con ademán distraído, sonriendo compasivamente, meciendo con desconfianza la cabeza, y hasta alguno de ellos, señalando con la mano á la frente, en acción de indicar á su inmediato colega, que aquel pobre orador debía estar loco.

¡Colon desdeñado y tratado de loco en 1484; y sin embargo, descubrió un mundo! Veamos á Colon en 1493. ¡Qué contraste tan elocuente. ¡Cuánto dice á la ignorancia!

II.

DESPUES. (1)

Aceptada por los Reyes Católicos la oferta del descubrimiento de un nuevo mundo que les hizo Cristóbal Colon, se dieron á éste en Barcelona 47,000 ducados, prestados por Luis de San Angel, escribano del Racional de don Fernando, con los cuales se aprestó y proveyó la armada, que por primera vez iba á explorar unos países tan desconocidos como remotos. Descubiertas las Indias con los acontecimientos que no es nuestro objeto referir, llegó Cristóbal Colon á Sevilla desde donde se dirigió por tierra á Barcelona, en cuya ciudad se hallaban los monarcas españoles aguardándole con impaciencia, al propio tiempo que con sumo gusto y contento.

Notoria su marcha desde Sevilla, todas las poblaciones de la carrera se apresuraban á salirle al encuentro, resonando vivas y aclamaciones por los caminos, pueblos y campos: seguíanle sus vecinos largas distancias admirando al hombre extraordinario que abría un nuevo porvenir á la península, y contemplando los objetos raros y curiosos que traía consigo. Todo su viage fué un verdadero triunfo; pero su entrada en Barcelona escendió en alegría y magnificencia á cuantos recibimientos le hicieron las villas y ciudades por donde pasaba.

Entró en ella el 3 de abril de 1493, y la novedad del espectáculo, junto con la hermosura del tiempo, constituyeron uno de los dias mas felices de que haya gozado Barcelona. Saliéronle á recibir mucho mas allá de la eminencia de la Cruz-cubierta, todos los cortesanos catalanes, castellanos y aun franceses, seguidos de un inmenso pueblo, y después de aceptar Colon las primeras atenciones y cumplimientos de parte de ambos monarcas, continuó su ruta por la ciudad hasta el real palacio. Jamás habia encerrado Barcelona tanta multitud de gente de todas clases, edades y condiciones, que vecina y forastera ocupaba las calles, las ventanas y hasta los empinados tejados de aquella época, solo para ver al almirante y contemplar las muchas cosas raras y curiosas en extremo que llevaba descubiertas.

(1) Para la redacción de esta segunda parte, se han tenido presentes los historiadores Hernandez de Oviedo, Illescas, Vila, Boit, Trevoix, Serra y Postuís, y otros varios manuscritos, pues nada consta en el archivo real de la corona de Aragón.

Iban delante seis ó siete indios (1), cuya descripción nos ha conservado la historia al través de las calamidades de los tiempos: eran todos de color de membrillo, bajos de cuerpo, el cabello negro y caído, y la nariz ancha: traían zarcillos de oro en las orejas y narices, y no se admiraban menos que los españoles, al ver tanta gente de diferente color que el suyo, cubierta de ropa y trages á cual mas vistosos y ricos. Eran segun se deduce de un manuscrito antiguo, mas las hembras que los varones, pues estos anduvieron sumamente recelosos de las tropas y naves que trasladaron á Cristóbal Colon á sus riveras. Calumniase en cambio á aquellas con la introduccion de una enfermedad triste y fatal en sus efectos, pero que en verdad ya existia en Europa. Ademas de los indios traían varias coronas, láminas y trozos de oro y de plata, cambiados segun dicen unos apuntamientos de aquellos tiempos, por *almireces de cobre, candeleros de laton y manillas de laton*, (2) avalorios, vidrios, etc. que daban los españoles: ballas ó fardos de algodón, arcas llenas de riquísima pimienta: pellejos de caimanes y pasantius: hermosísimos papagayos bamboledados sobre cañas de veinte y cinco pies de altura: varias especies de cuadrúpedos mas ó menos temibles y de aves desconocidas, y en fin, una gran porcion de cosas extrañas que el ningún uso y trato de ellas hacían preciosas y escelentes, formaban el acompañamiento. Cerraba la marcha Colon rodeado de todos los nobles y grandes señores de la corte, á quienes seguía, como hemos dicho, una muchedumbre de personas. Con esta pompa casi triunfal fué Colon conducido á presencia de los Reyes Católicos, que en la plaza fuera de palacio, bajo un dosel magnifico y cubiertos con sus mantos régios, ansiaban escuchar la relacion de su viage. Encontró el almirante al rey asaz flaco, de resultas de una cuchillada que pocos meses antes le habia dado un loco al pie de la escalera misma del alcázar (3). Para mas honrarle habian puesto en público su estrado, estando con SS. MM. el príncipe don Juan. Llegado á su presencia, se apresuró Cristóbal Colon á arrodillarse á sus pies para besarles la mano, pero el rey Fernando le hizo levantar y mandó que se sentara á su lado en una silla preparada ya al efecto. Refirió en alta y sonora voz los peligros de su viage, países descubiertos y las esperanzas que abrigaba de descubrir otros nuevos; mostró las cosas que traía, y el modo de vivir de los naturales de aquellas regiones, iguales en un todo á los indios presentes, y al llegar á dar gracias á Dios por las mercedes recibidas, se levantaron los reyes y se arrodillaron, imitándoles todos los circunstantes que elevadas las manos al cielo, con gran recogimiento y lágrimas en los ojos, dieron gracias al Omnipotente, mientras los músicos de la real capilla poblaban el aire de alegres himnos.

Cantóse en seguida un solemne *Te Deum laudamus*, y desde aquel dia no salió nunca el rey por la ciudad sin llevar á su derecha al príncipe su hijo, y á Colon á su izquierda. A imitación de su soberano, toda la grandeza se apresuraba á honrar al almirante y virey de las Indias, pues se le dió tal nobleza, con el título de *don*, y el escudo de armas para toda

su familia. Y aunque estaban ausentes en aquel entonces sus dos hermanos Bartolomé y Diego Colon, no tuvieron por esto menos parte en las gracias y liberalidades de ambos reyes.

Las memorias de Trevoux dicen entre otras cosas, que *el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, tan distinguido por su mérito como por su rango y nobleza, fué el primero que le obsequió con un convite en el que no solo le colocó en el primer asiento, sino que le hizo servir en platos cubiertos, con orden de no presentarle plato que él no hubiese probado antes, lo que observaron todos los señores que estaban cerca.*

Algunos dias antes de partir los Reyes Católicos de Barcelona, pidieron los indios el bautismo estando ya imbuidos en la religion cristiana, el que les fué dado en la iglesia catedral de aquella ciudad, siendo los mismos reyes los padrinos, y concurriendo el príncipe don Juan con toda la nobleza. Finalmente, el historiador de las Indias, Gonzalo Hernandez de Oviedo, dice hablando de ellos.... *mas aquel segundo (indio) que se llamó don Juan de Castilla, quiso el príncipe para si, y que quedase en su real casa, y que fuese muy bien tratado y mirado como si fuera hijo de un caballero principal á quien tuviera mucho amor, y le mandó adotar y enseñar en las cosas de nuestra santa fé y dió cargo de él á su mayordomo Patiño. Al qual indio, yo vi en estado, que hablaba ya bien la lengua castellana: y despues dende dos años murió. Todos los otros indios volvieron á esta isla en el segundo viage que á ella hizo el almirante. Al qual aquellos gratisimos príncipes católicos, hicieron señaladas mercedes: y en especial le confirmaron su privilegio en la dicha Barcelona á 28 de mayo de 1494.*

F. J.

EL JAULERO.

Tradicion popular.

En un pueblo del antiguo reino de Castilla, vivía en otro tiempo un jóven llamado Bartolo que solo debia al cielo una buena intencion, (lo cual dicho sea de paso, entonces como ahora era bien poco para hacer fortuna), y por todo recurso la fabricacion de jaulas de pájaros que llevaba á vender á los pueblos inmediatos. Como es fácil presumir apenas conseguia esponder cada dia algun ejemplar de su modesta industria, y por lo mismo su suerte era tan escasa que puede asegurarse sin temor de aventurar demasiado que solo conocia del mundo las tristezas y privaciones. Y no por eso ha de suponerse que se sintiera incapáz de apreciar lo mejor, nada de eso, amaba tanto como el que mas los vestidos nuevos, el buen vino y los manjares suculentos, solo que hasta entonces los amaba de memoria.

Un dia entró en una aldea donde lo primero que oyó fué el rumor producido por la mayor parte de la poblacion que reunida en la plaza cantaba, reía y bailaba en corro, al son de la característica dulzaina y tamboril. Al pronto se le ocurrió si celebrarían alguna boda, y en este supuesto preguntó á un transeunte quienes eran los novios; mas el interpelado dió en reir estrepitosamente, llamando á sus paisanos para que le acompañaran á celebrar la ocurrencia del jaulero que suponía hubiese quien se aventurara á tomar estado, en el

(1) No están acordes los historiadores en su número: Gonzalo Hernandez de Oviedo y Vila citan seis, las Memorias de Trevoux siete, y los demas no lo determinan.

(2) *Apuntamientos originales de don Pedro de Torres*, desde principios del siglo XV á principio del XVI. M. S. de la Biblioteca nacional.

(3) Dietarios y papeles de 1492.—Historia general de las Indias



mes precisamente en que celebraban la fiesta de los casados. Al punto recordó se hallaban en el mes de mayo, época en que las gentes de los pueblos de la comarca, acostumbran á evitar contraer matrimonio, al mismo tiempo que abriéndose la gran rueda formada por los que mas danzaban, que eran los mas jóvenes, vió como llevaban en procesion á una lindisima niña vestida de blanco, coronada de rosas y montada en un carro colgado de telas de seda y guarnecido de ramas de acacia y mirto. El traficante en jaulas reconoció el simbolo del *mayo* y comprendió que festejaban aquellos aldeanos la llegada de la primavera, juntamente con sus inocentes funciones de mozos y casados. (f) Algunas niñas igualmente adornadas rodeaban el

carro, mientras otras le precedian presentando á los espectadores lindos platillos de estaño en los que caian mas monedas que tejas cuando sopla recio el aire.

Bartolo se apartó de la multitud cabizbajo, y meciendo la cabeza decia para sí, mientras iba caminando:

—¡Esa es la justicia del mundo! mientras que á porfia tiran el dinero á esa chiquilla que les anuncia el mes de mayo como sino lo hubiera dicho ya el calendario, se me escatima á mí maravedí á maravedí el precio de mis pobres jaulas, y eso cuando me compran alguna.

Seguia andando su camino, abismado en estas reflexiones, cuando á poco sintió la voz de los dos diablillos que por



Bartolo y el desconocido.

el mal pecado se aposentan en el estómago de todos los hombres, llamados *hambre* y *sed*, de los cuales el uno le exigia

(f) En muchos pueblos de Castilla y aun en algunos de otras provincias, celebran por el mes de mayo las fiestas de mozos y casados, que consisten principalmente, aparte de los entretenimientos de novillos, funcion de pólvora, etc. con que la solemnizan, segun su mayor ó menor riqueza, en bailar al rededor de una gran hoguera que encienden en la plaza, el día de fiesta de mozos los jóvenes de ambos sexos solteros, y el día de casados los que dichosamente pertenecen á este gremio; siendo tal la esclusion que observan que al que inadvertidamente se introduce á bailar en su corro sin pertenecer á la clase, ó al pobre forastero que ignora la costumbre, lo toman en brazos, y sin que le sea dable interponer recurso de fuerza, le llevan á la taberna, á la alojería ó á los puestos de tortas y confites, y le hacen pagar el convite para todos, sopena de mantearle si se obstina en pleitear por pobre.

de comer y el otro de beber. Bartolo á decir verdad no veia otra cosa mejor que darles gusto, pero como no contaba en su morral otra provision que su navaja, le era preciso caminar refrigerado grandemente con un desayuno bien colmado de esperanzas, manjar que le proporcionaba la ventaja de andar listo y á cubierto de indigestiones.

Asi caminó largo rato hasta que al llegar á un helechar divisó á un viagero opulentamente vestido, y que andando en sentido inverso venia á su encuentro. Nadie ignora que el hambre saca de sus casillas al mas poltron y la sed aguza el ingenio de los mas obtusos, asi que nuestro Bartolo aguijado de tan poderosos auxiliares, abordó al desconocido y le dijo levantando de su cabeza las tres cuartas partes del sombrero que la cubria:

—Dispense vuestra señoría si tengo el atrevimiento de de-

tener así al sol en su carrera, pero el Dios de todos los mundos ha dicho que es preciso protegerse mutuamente y yo tengo que pedirlos un favor.

—¿Cuál? dijo el extranjero.

—Su señoría no ignorará que el que padece de calenturas y deja caer una moneda en una encrucijada, traspasa su enfermedad al que la recoge.

—Es exacto.

—Pues bien, yo he pensado si por el mismo medio podría uno desembarazarse de la miseria, solo que para practicarlo me falta nada menos que lo mas preciso, la moneda.

—¿Y vienes á pedírmela?

—Cierto, pero empeñando mi palabra de que os la restituirá Dios.

—¿Y no causa vergüenza, á un hombre como tú, de tu presencia y de tu edad, el recomendarse así á la caridad de los transeúntes? ¿no comprendes el deber en que estás tú mismo de buscarte la vida en tu oficio?

—Si tal, pero mi oficio no cumple con el suyo: á la mayor parte de las gentes les parece mejor ver los pájaros en el aire que en una jaula, de modo que propagándose esta afición me encuentro con que cada día gano menos que la víspera.

El desconocido dudó al principio, mas el cestero comenzó á explicarle el pormenor de su comercio y á hacerle cuenta de lo poco que ganaba, y se dió tan buena maña, y le refirió cosas tan interesantes, que consiguió enternecerle y persuadirle. Bartolo era hombre que habia sabido siempre tomarse mucho interés por su persona.

—Vamos, bien conozco que tienes por abogado al santo patron de la providencia, pero quiero hacer algo en tu favor, dijo sonriendo, y puesto que no encuentras quien compre tus jaulas, voy á poner á tus órdenes un auxiliar que permitirá aguardar tranquilo á los compradores.

Diciendo así, tocó un silbato, y vió Bartolo aparecer un pájaro color de cielo, que se posó sobre una de las jaulas.

—He aquí, añadió el desconocido, lo que te recompensará de todas tus pasadas miserias. De hoy en adelante, no tendrás mas que formar un deseo para verlo satisfecho; no tienes mas que decir: *Azul de azules*, haz tu deber, y se cumplirá tu gusto.

—¡Por mi alma! exclamó el cestero, voy á probarlo al punto. Veinte y cinco años hace que deseo matar el hambre:—Azul de azules, haz tu deber.

Aun no habia concluido de espresarse, cuando ya tenia puesto sobre la fresca yerba un almuerzo digno de un obispo, con servicio de plata, manteles blanquísimos, y transparente cristalería. Aturdido Bartolo, se arrodilló delante del desconocido, exclamando que debia ser una de las personas de la Santísima Trinidad; pero este le obligó á levantarse, diciéndole:

—Yo soy el verdadero santo patron de todas las gentes honradas de las Castillas. Siéntate á comer sin temor y aprovecha tu buena estrella. Diciendo así desapareció.

Bartolo hizo un profundo saludo al sitio de que habia desaparecido, y no hallando espresiones bastantes en encomio del servido desayuno, se sentó á comer poseído de un agradecimiento que doblaba su excelente apetito. Al pan blanco, exclamó: ¡Oh mi santo patron! Al rico jamon dulce: ¡Oh dignísimo patron! A la torta cocida en vino: ¡Oh patron de los patrones santos! Si hubiera puesto licores el santo patron, le hubiera ascendido á Dios.

TOMO VIII.

Cuando acabó de almorzar se puso de pie y empezó á mirarse, y juzgando que un hombre que habia comido tan opíparamente no debia andar vestido de jerga, exclamó: «Azul de azules, haz tu deber.» Y al punto se encontró vestido de terciopelo, y con tantos bordados y galones de oro, como remiendos habia gastado hasta entonces, lo mismo que su baston de acebo trasformado en un arrogante caballo lindamente ensillado y enjaezado con campanillas de plata. Bartolo, lleno de asombro colgó del arzon de la silla la jaula en que tenia su Azul de azules, y continuó su camino tan orgulloso de su vestido como un asno de sus orejas.

Cuando abandonaba el helechar, descubrió cuatro pajarrillos que revoloteaban á su derecha y al verlos dijo para sí: «Vamos, sin duda hoy debe presentármese todo á las milmaravillas.»

Y poniendo al trote su caballo llegó á la puerta de un castillo en el que se celebraba una romeria en obsequio del santo tutelar de la comarca.

Los señores del castillo con otras muchas damas y caballeros, se hallaban reunidos bajo un emparrado frondoso, y todos á su llegada daban muestras de sentimiento por que acababan de saber que no debian contar con los músicos. Bartolo que entendió de lo que se trataba, llegó hasta la entrada de la fresca bóveda y saludando con la gracia de un señor de la antigua corte de don Ramiro, dijo con el acento de la galantería mas refinada:

—Si fuera lícito á un simple caballero constituirse en el último servidor de una corte de reyes y reinas, aun se atreveria á ofrecer lo que parece que tanta falta hace.

—Si, si, al momento, al momento! exclamaron todas aquellas bellas señoras á quienes se bailaban los pies dentro de los zapatos.

—¡Azul de azules, haz tu deber! dijo Bartolo.

Y á poco se vió aparecer con gran prisa una tropa de músicos provista de los correspondientes instrumentos; su concurso produjo extraordinaria impresion de regocijo. Admirado y agradecido el señor del castillo, suplicó al jaulero echara pie á tierra y aclamándole por rey le concedió su misma esposa para que dividiera con él los honores de la fiesta. La jóven castellana era bella como la Virgen Maria, y esbelta y graciosa como una pajarita de nieve. Bartolo que no tenia nada de bobo no dejó de repararlo, y cada mirada de la jóven fascinaba su corazon; mas sin turbarse, porque la riqueza le habia dado presencia de espiritu, llegó hasta atreverse á decir lo que sentia, lo cual no dejó de hacerle parecer á los ojos de la noble dama tan amable como un rey.

Cuando el cansancio obligó á interrumpir el baile, hizo nuestro jaulero servir un esquisito refresco, durante el que Azul de azules, cantó por él canciones tan graciosas que le valieron los aplausos y parabienes de la reunion. Pasaron en seguida á los juegos de prendas, y Bartolo aprovechó aquella ocasion, para distribuir á las damas perlas, brazaletes y diges preciosos. Todos estaban admirados, y mas que todos el señor del castillo que era en extremo avaro. Asi pues, llamó aparte á su huésped y le propuso comprarle por el precio que designase el pájaro milagroso. Bartolo rehusó.

—Daria por él mi castillo con sus nueve bosques, dijo el señor.

—No es bastante, replicó Bartolo.

—Pues bien, añadiremos los olivares y viñedos.

—Aun es muy poco.

—Y tambien los jardines, praderas y viveros.

—Necesito algo mas.

—¿Mas aun? ¿entonces querriais el paraíso!

—No tal, quiero lo que podeis concederme al momento mismo, quiero vuestra misma esposa á quien no ha mucho tenia yo de la mano.

—¿Cómo, mi esposa! exclamó alegremente el avaro; ¡por San Crispulo! ¡acabáramos de una vez! ¿porqué no lo habeis dicho antes?

Al punto fué en busca de la castellana y le contó el trato que acababa de hacer; el cual la llenó de contento, si bien fingió resistir, siquiera por cumplir con el deber de toda muger bien nacida.

—¡Virgen Santa! exclamó, si ese desconocido fuera un aventurero que pusiera mi vida en peligro á la mejor ocasion.

—No temas nada, yo te daré una redoma con *bálsamo celestial* que cura todas las heridas, replicó el viejo.

—Pero si fuera un hechicero, añadió.

—¿No llevas al cuello los deditos de la mano de coral, antidoto de hechicerías?

—¿Y si es el demonio?

—Ya te daré yo un pedazo de cirio bendito de la Candelaria.

Hablando de esta suerte la llevó hasta donde estaba Bartolo montado ya á caballo; ayudó por si mismo á la jóven á subir á grupas con su nuevo señor, y tomando en seguida la jaula que encerraba á Azul de azules, se dirigió á la gran sala en que se hallaban reunidos los convidados, que de nada mas se ocupaban que de los prodigios practicados por el desconocido.

—¡Paz! ¡paz! exclamó el castellano al entrar; yo he de hacer mil veces mas; acabo de trocar mi muger por este pájaro que me hará mas rico que el rey de Aragon. Acercáos, voy á hacer maravillas.

Diciendo así se puso á mirar la jaula para proferir la frase de mando, mas en vez de Azul de azules halló un pájaro grande gris, que le miró con aire insolente, que abrió la puerta de un picotazo y se voló por la ventana cantando.

El castellano quedó con la boca abierta sin saber lo que le pasaba, hasta que le sacaron de su estupor las risotadas y zumbas de los concurrentes que al despedirse le dirigian epigramas demasiado significativos, por haber tenido la candidez de trocar su muger por un pájaro. Justo castigo de tan desmedida avaricia.

Veamos ahora lo que ocurrió á Bartolo. Despues de andar algunas leguas con su bella castellana, llegó á una ciudad y trató de hospedarse en la mejor fonda; pero el infeliz no habia calculado que dando el pájaro daba toda su fortuna, y se halló sin recursos de ningun género, pues el caballo habia desaparecido tan pronto como echó pie á tierra, y hasta el vestido de terciopelo se habia trocado otra vez en su primitivo de jerga. Al verlo en tal situacion la dama lo abandonó, pretestando que por su alta categoria no le era dado alternar con un menestral, y nuestro pobre jaulero no tuvo mas remedio que volver á hacer jaulas. Castigo merecido para el que malgasta su fortuna por satisfacer sus pasiones.

Este cuento que referimos como tradicionalmente ha llegado á nuestros oidos, parece por su género remontarse á la época de los trovadores, ofreciendo un carácter especial los marcados rasgos antiguos y moriscos confundidos con la leyenda cristiana; y no se ocurre esto por lo que hace á las fiestas de mayo tan en costumbre siempre, y en las cuales el mayo meridional ha sustituido la *majuma* de los juegos florales; sino por ese cúmulo de supersticiones conservadas de tiempos remotos; la de procurar no casarse en mayo, el deducir un buen anuncio cuando vuela un número par de pájaros, y el remedio que indica Bartolo contra la fiebre, tan semejante al que Plinio describe (Plinio, XXVIII, 7). Por lo que hace á Azul de azules, basta haber hojeado las Mil y una noches, para observar cierta reminiscencia morisca: para los pueblos de Oriente han presentado siempre los pájaros algo de misterioso y divino; al verlos perderse en el espacio infinito no ha conseguido la multitud desprenderse de la creencia de que sirven de intermediarios entre el mundo visible y el mundo desconocido. La mano de coral que debia preservar á la castellana de hechicerías, trae el mismo origen; es la representacion del signo cabalistico grabado á la entrada de la Alhambra, signo que debia defenderla eternamente de los cristianos. Los de la llave y de la mano, son de grande estimacion para los árabes; la mano es el preservativo contra el mal de ojo. En algunos pueblos llevan una mano cerrada de modo que resalta el pulgar sobre los demas dedos, haciendo la señal de la cruz; este es un gran preservativo contra las tentaciones del demonio. Finalmente, el desenlace altamente moral en que cada uno lleva el castigo de su falta, recuerda el de los antiguos apólogos, cuyo objeto era siempre afean un vicio.

M. P. F.

ESPAÑA CABALLERESCA.

SIBILA FORCIA,

MUGER DE PEDRO IV DE ARAGON (EL DEL PUÑAL).

IX.

Doña Sibila, al abandonar el palacio mayor de Barcelona, donde quedaba moribundo el rey de Aragon, habia visto disiparse su fortuna al viento de la desgracia que comenzaba á arreciar contra ella. Con la cabeza ardiente, hinchado el

pecho de pena, y fuertemente estrechada al brazo del conde de Palas, abandonó fugitiva la ciudad, donde pocos dias antes era recibida por sus habitantes con aclamaciones y fiestas. Un grupo de partidarios del conde de Palas, mas valiente que numeroso, seguia á cierta distancia á la jóven reina, en cuyos ojos asomaban algunas lágrimas que lloraban la pérdida de la corona de Aragon. Palas, su único recurso, la miraba y la decia con cariñoso acento, que la corona de Aragon por hermosa que fuese, no valia una lágrima de sus ojos.

—Por cruel que sea vuestro destino, señora, yo me consagro enteramente á él.

—Yo era hace algunas horas soberana de Aragon, contestó Sibila; ahora soy solo súbdita de Juan I, y de su esposa Violante, cuyo rencor os es tan conocido.

—Yo iré con vos hasta el fin del mundo para sustraeros á ese odio, contestó Palas.

Sibila, arruinada en un momento toda su ambicion, abandonada por sus partidarios excepto por el conde de Palas, sin tener ya una corona para abrigar su frente, no hallaba un lugar seguro en Cataluña; y apoyada en el brazo del favorito de su esposo, trataba por caminos intransitables y al través de los montes Pirineos de ponerse en salvo saliendo de aquel pais; empero la reina doña Violante por una parte ofreciendo grandes recompensas, y el espíritu de partido por otra, declarándose contra la reina viuda, todo hizo que los fugitivos fuesen prontamente alcanzados y cogidos; la resistencia hubiera sido desesperada, inútil. La reina viuda de Aragon fué conducida de nuevo á Barcelona, y colocada en la torre de Demibibis: torre que mas parecia un grosero monton de piedras colocadas sin orden ni idea, que un monumento arquitectónico; torre llena de hierro y de soldados como una ciudadela, pero sobrecargada interiormente de riquezas como una abadía; finalmente, torre murada, y con grandes cerrojos como una prision construida con el fruto de la rapiña y los despojos de los oprimidos, se alzaba á una altura prodigiosa. Esta torre servia de morada á los jueces del rey, á sus satélites, y á sus victimas, y dentro de ella se contenian cuantos medios judiciales usaba la horrible práctica de aquella época.

El dia 24 de enero de 1387 se hallaba reunido el tribunal. A las diez de la mañana cinco jueces ocuparon sus asientos, presididos por mosen Arborea, á quien conocen ya nuestros lectores; tras los jueces entraron dos notarios, y guardaron cuidadosamente las puertas varios guardas con el carcelero á la cabeza. En una sala inmediata se hallaban de manifesto los instrumentos del suplicio; apremios con que se arrancaba entonces la confesion á los reos; apremios que han durado hasta nuestros dias, en que la civilizacion los ha proscripto para siempre. Allí se veian los caballetes, las cadenas, los azotes, las cuñas, la sierra, las cuerdas, las hornillas con que se quemaba á fuego lento, y todos estos objetos daban un aspecto infernal á la estancia de la justicia.

Mosen Arborea manifestó al tribunal que el consejo de S. A. le habia enviado copia de una declaracion prestada ante él por un judío llamado Zacarias, que tenia relacion con el proceso que se estaba formando á la reina doña Sibila, y esta declaracion era tan grave que exigia la presentacion del delator ante la acusada, del verdugo ante su victima.

Parecerá una fantástica novela cuanto vamos á referir de este escandaloso proceso; empero todos los hechos se hallan consignados en las crónicas de aquel tiempo, sin lo cual la posteridad se hubiera negado á creer que hubiese habido un rey tan débil ó malvado, y un hijo tal que hubiese mandado dar tormento á la esposa de su padre, á una reina, sin el menor pretexto que pudiera justificar tan sangrienta determinacion; empero á los que siempre citan los tiempos antiguos para condenar los desmanes y los crímenes de las revoluciones modernas, podemos contestarles con estas páginas sacadas del siglo XIV.

Tristes y pesarosos los jueces, hicieron una señal de asen-

timiento á la propuesta del presidente, y en seguida entró un hombre acompañado del carcelero; este hombre iba vestido con el traje á que la ley ya entonces condenaba á los judíos que usasen, y despues de un profundo saludo aguardó á que el presidente le dirigiese la palabra.

Mandó el presidente que uno de los notarios leyese la declaracion que se habia prestado ante el consejo, lo que verificó el oficial de justicia pausadamente, y esta declaracion se reducía á decir el judío Zacarias que le constaba que el difunto rey don Pedro habia muerto hechizado, así como que en la actualidad estaba enfermo del mismo mal el rey don Juan; que los hechizos se habian dado á los dos en el mismo dia y por disposicion de una persona muy allegada á ambos, pero que sin embargo el segundo no moriria sino que al contrario debia sanar; y últimamente, que si se queria de veras la salud del nuevo rey, él se comprometia á lograrla en breve espacio de tiempo con ciertos remedios que le administraria, y que con esto quedaria comprobada la verdad de cuanto habia dicho.

Testuales é históricas son las palabras de esta declaracion, en que es imposible hacinar mas absurdos; empero fué tomada en consideracion en los tiempos en que esto sucedia por todo el consejo de un rey, estimándola de grande peso, y comunicándola al tribunal. Los jueces sin embargo miraron con desden al judío, que frio é impasible no daba la menor señal de apercibirse de cuanto pasaba en el ánimo de los jueces.

El presidente dirigióse con tono grave y severo al testigo preguntándole si era la misma declaracion que habia prestado ante el consejo de S. A.

—Si, señor presidente; respondió el judío.

—¿Por qué medio habeis sabido lo que aseguraís?

—Por los que proporciona el saber y la ciencia.

—¿Sois acaso nigromántico?

—No señor, respondió el judío impasible.

—¿Cuál es vuestro oficio?

—Soy joyero.

—Y en ese oficio habeis aprendido á adivinar?

—Yo no adivino, afirmo lo que sé; he estudiado la astrología y la medicina, y he asistido de cerca á los dos reyes durante su enfermedad.

—¿A quién quereis designar diciendo que los hechizos han sido dados por una persona muy allegada á ambos?

—A doña Sibila Forcia; respondió el judío sin titubear, y con la mayor firmeza.

Estremeciéronse en sus asientos los jueces: al ver tanta osadia quedó suspenso el presidente; y dirigiéndose en seguida al delator le preguntó:

—¿Qué datos teneis para dirigir acusacion tan grave á una persona tan augusta?

—Los que me proporciona el saber y la ciencia.

El presidente Arborea y los jueces horrorizados, podian apenas contener los impulsos de su odio y desprecio hacia el judío.

—¿Qué remedio es ese con el que os proponeis salvar la vida á S. A? le preguntó el presidente.

—Un compuesto esquisito de admirable secreto; respondió el judío con imperturbabilidad.

—Eso no es decir nada.

—No puedo esplicarme mas.

—Que apliquen á ese hombre el tormento, y veremos si son mas claras sus respuestas, dijo el presidente.

Impasible permaneció la faz del judío.

—Suplico al presidente, replicó este sacando un pergamino con la mayor tranquilidad, que se digne leer este despacho con la firma y el sello de S. A.

Hízolo así el presidente Arborea, después de haber besado el sello y colocado sobre su cabeza el pergamino en señal de acatamiento y obediencia. Era un despacho del rey en que decía que acogía bajo su protección y salvaguardia á su buen vasallo Zacarías Ben-Jacob, que debía dar una declaración importantísima en el proceso formado contra los autores de los hechizos y conjuros dirigidos en mal de su sagrada persona, previniendo á los jueces que de dicho proceso entendieren, que se abstuvieren de compelerle por ningún medio ordinario ni extraordinario, á decir en sus confesiones otra cosa que las que le dictara su conciencia, y así mismo ordenaba que de ninguna manera fuese privado de su libertad.

La admiración de los jueces llegó á su colmo. Arborea, que tenía mas antecedentes que los demás, penetró de un golpe toda la verdad, y vió clara y distintamente la mano de la reina doña Violante empeñada en perder á la reina Sibila. ¡La conciencia de un judío! A ella apelaba el despacho del rey; á ella tenía que someterse un tribunal de aragoneses probos y honrados. La mas terrible consternación se pintaba en sus semblantes; solo el judío Zacarías conservaba un continente frío, impasible, cual si no comprendiese todo el efecto de lo que pasaba á su alrededor, cual si no supiese de que funesto y terrible drama era uno de los principales autores.

Hicieron los jueces comparecer á doña Sibila, que se presentó vestida de luto, pálida, empero no tan abatida como pudiera suponerse, considerado el inmenso cambio que acababa de sufrir. Cuando se alzó el velo que ocultaba su frente, cuando dejó ver su hermoso talle, pareció la mas hermosa criatura que pudiera encontrarse debajo del cielo. Había reunido tanto valor en su alma, que dejaba ver en su aspecto sobrehumano un radiante brillo; parecía iluminarse su belleza en aquel lúgubre recinto; y aunque sus ojos permanecían bajos, su frente altiva, sus cejas juntas, y la firmeza de su continente, todo demostraba la fuerza interior de aquel ser encantador y delicado, no era sobre el banco de los acusados la víctima abatida y aterrada con lo que estaba presenciando, era una joven inocente que con toda la libertad de su alma, se sublevaba contra la fuerza brutal, por formidable que esta fuese.

Sibila entró con paso firme y sosegado rostro; una sonrisa de desden dejó asomarse á sus labios al mirar el aparato del tribunal; parecía que los jueces eran los que iban á ser juzgados, no ella, según la calma con que se manifestaba su conciencia. Los miembros del tribunal al entrar doña Sibila descubrieron sus cabezas y se levantaron por un movimiento espontáneo. Antes que la reina pudiera sentarse en el banco de los acusados, al que se dirigía sin titubear, el presidente la presentó un sillón, en el que se colocó con la mayor indiferencia.

—Señora, dijo mosen Arborea respetuosamente, con pesar ejercemos el terrible ministerio que nos impone la ley, y la necesidad de proceder contra V. A. en esta causa; sin embargo, esperamos que la inocencia de V. A. desvanezca la acusación intentada, y V. A. se dignará perdonarnos unos procedimientos que no están en nuestra mano el evitar.

—Señores, contestó la reina, hablando al tribunal con la

misma calma é impasibilidad que pudiera hacerlo sobre su trono en los régios salones del palacio mayor de Barcelona: yo me estimaría muy en poco si me abatiese á contestar á cargos absurdos, desnudos de todo fundamento y en favor de los cuales no existe ni aun la menor presunción. Mis enemigos pueden ultrajarme cuanto quieran; débil muger, tan débil hoy cuanto poderosa antes, estoy enteramente á su merced; empero no reconozco en ninguno de ellos el derecho de juzgarme, ni contestaré á pregunta alguna que pueda dirigirme.

—V. A. tiene razón, señora, respondió el presidente lleno de angustia; pero no como tribunal, señora, como amigos celosos nos atrevemos á suplicar á V. A. que nos proporcione los medios de salvarla. Absurda parecerá la acusación de hechizos y conjuros que tiene contra ella hasta vuestro mismo interés; mas esa acusación ha sido propalada por el populacho, y ahí tiene V. A. un hombre que la sostiene en una declaración prestada ante el consejo del rey.

Siguió entonces la reina con la vista la dirección de la mano del presidente, y lanzó al judío una mirada de altanería y desprecio; pero el judío permaneció inmóvil delante del sombrío tribunal, y por una ausencia del espíritu que algunas veces parece abandonar nuestro cuerpo y alejarse de él en el momento del peligro, el pensamiento del judío entonces estaba lejos de allí, se hallaba en el gabinete de la reina Violante, y escuchaba los funestos proyectos de esta muger, así es que permaneció sumido en la mas profunda meditación hasta que la reina le llamó la atención diciendo en alta voz:

—Que vuelva á repetir su declaración, y al mismo tiempo le lanzó una desdeñosa mirada.

—Está..... está..... está escrita, prorumpió tartamudeando el judío Zacarías..... ya la han oído los jueces.

—Salid de aquí, le dijo la reina con dignidad; y el judío confundido, sin desplegar sus labios, salió del tribunal, abriéndole los guardas un ancho paso para no rozarse con él.

La muger inocente, que existe como tal en la convicción y en el ánimo de los jueces en cualquiera posición de la vida en que se encuentre, por hondo que sea el abismo en que la precipite la desgracia, es siempre reina, triunfante y feliz.

—Horrible es el proceder que se ha observado con una reina, añadió después Sibila, dirigiéndose á sus jueces con la mayor entereza, cuando aun no están frías las cenizas de su esposo y rey; yo no puedo creer que hayais tomado parte en tamaño crimen, y os diré cuanto diría á mis defensores si fuese legalmente juzgada. Ignoro el origen de esta funesta voz acerca de los hechizos y conjuros, que solo puede haber inventado la rabia de mis enemigos; mi conciencia está tranquila, y respecto á la acusación de haber abandonado á mi esposo en su lecho de muerte, lo he hecho por su espreso mandato dado de viva voz delante de las gentes de su corte. Si el buen rey tenía razón cuando así me lo mandaba, diganlo las consecuencias; digalo el verse en vuestra presencia como una culpable la que hace pocos días ocupaba el trono de Aragón. Si yo debí obedecer la orden de mi esposo de huir de Barcelona, respondan por mí los horribles gritos de la desenfadada muchedumbre que sediciosos llegaban al través de las ventanas de mi palacio. En cuanto á..... á la suposición de haberse sustraído las alhajas de palacio, rubor me cuesta ¡oh jueces! el decirlo, pero mirad cual

era el estado de desorden y abandono en que todo se hallaba, y juzgad la avaricia de la muger que me persigue, muger poderosa hoy porque es vuestra reina cual yo lo fui ayer: si piensa que yo de mi propia voluntad he de despojarme de mis bienes para enriquecerla, se equivoca; jamás daré la orden de la entrega á los alcaides y guardadores de las villas y castillos que me pertenecen, y estoy segura que los defenderán.

El acento de verdad y la firmeza con que Sibila pronunció estas palabras en su defensa, la convicción en que se hallaba ya de antemano el ánimo de los jueces, todo lo disponía en su favor. Iba ya á retirarse del tribunal, cuando llegó un mensajero del palacio, y entregó al presidente un despacho que abrió inmediatamente. No bien lo hubo leído cuando exclamó consternado:

—¡Esto es imposible! esto es ilegal, absurdo!

Los demás jueces se levantaron; lo rodearon; y comunicándole el presidente en secreto el contenido del mensaje, hicieron iguales exclamaciones, dejando ver en aquellos pálidos y severos rostros curtidados por la edad la más viva agitación.

Mosen Arborea tomó la palabra, y dirigiéndose al mensajero le dijo:

—Esta orden es ilegal, y no puede tener ejecución porque lo impiden los trámites del proceso.

—Nada de eso entiendo, contestó el mensajero; pero debo responder con mi cabeza de presenciar el cumplimiento de la orden.

—¿De qué se trata? preguntó doña Sibila, levantándose llena de sobresalto.

—Leed, señora, contestó el presidente, tomando el pergamino de la mesa, y dándole a leer.

Leyóla la reina; anubláronse sus ojos; faltáronle las fuerzas, y cayó en el sitio casi sin sentido. El golpe era demasiado fuerte para que pudiese resistirlo. El despacho contenía la orden de que inmediatamente se la pusiese á cuestión del tormento, para que así confesase sus supuestos crímenes, y venía autorizada con el sello y con la firma de don Juan I, rey de Aragón. Esto es histórico.

De buena gana quisiéramos correr un espeso velo y ocultar la horrorosa escena que se siguió. La orden por la cual un rey y un hijo mandaba dar tormento á la muger de su padre y á una reina, y sin un solo pretexto racional que justificase determinación tan bárbara, fué ejecutada!!!!...

Sibila á pesar de la fortaleza que tenía en su conciencia, al verse rodeada de los verdugos, ella á quien los ricos hombres no llegaban sino doblando la rodilla, al sentir el contacto de las manos brutales acostumbradas á manejar los tormentos, y al ver aquellos torbos ojos que esparcían el fluido de la muerte, Sibila se estremeció horriblemente; cayóse desmayada en el sitio que la cortesía de los jueces le ofreciera, y acompañada del llanto de estos jueces, ministros inexorables de una orden que repugnando á su corazón no podían empero revocar, se preparó al cumplimiento de la orden superior por la que á pesar de ser reina iba á ser interrogada en la cámara del tormento.

Terrible fué aquel momento para la joven reina, al entrar en una cueva subterránea, bastante grande, y á la cual se bajaba por muchos escalones en forma de caracol; aquel era el lugar donde debía sufrir el suplicio. Los verdugos vestidos de un largo sudario aguardaban en el mayor silencio, y con

los brazos cruzados en medio de los numerosos instrumentos del suplicio. Los jueces que debían asistir á la ejecución, parecían por su consternación más bien los destinados á sufrir el tormento que á presenciárselo. En medio de la rojiza luz que reverberaban las hornillas encendidas para calentar los hierros instrumentos del tormento, veíase una forma blanca tendida en el suelo; aquella forma blanca era la condenada, medio despojada de sus vestidos, era una reina á quien su ingrato hijastro ordenaba dar tormento. Hizo un ligero movimiento, se estremeció, y se la presentaron sales y esencias para acabar de reanimar su espíritu; abrió al fin los ojos, y comenzó la terrible escena.

Sibila se hallaba blanca, tan pálida como si toda su sangre se hubiese retirado de sus venas; su cuerpo caído pendía de los brazos de los verdugos que la levantaban, de los verdugos que tocaban aquel cuerpo á quien no había osado tocar el enamorado conde de Palas, aquella muger que era la gala de Aragón y Cataluña. Colocáronla en el caballete, y envolvieron su pequeño y lindísimo pie desnudo entre dos planchas



Sibila Forcía en el tormento.

de hierro estrechamente liadas, y entre las que á pequeños golpes de martillo intentaban meter una cuña que penetraba hasta los huesos destruyendo las carnes.

Los verdugos daban y levantaban lentamente el martillo, cuando de repente la puerta se abre con horrendo estruendo que resonó en aquellas espantosas bóvedas, y entró el conde de Palas. Sus ojos lanzaban relámpagos de ira, y todo su cuerpo se estremecía de furor y de cólera. Corrió á la víctima, cortó con su espada las correas que la sujetaban, y deshizo él mismo el horrendo aparato que se había puesto en aquel pie deli-

cado, con una ternura sin igual, empero estremeciéndose de indignacion.

Los jueces celebraban en su interior aquel acto de violencia que impedía consumir tan bárbaro sacrificio. Sibila, que hasta entonces desmayada y medio muerta apenas tenía idea de lo que pasaba á su alrededor, vió repentinamente disiparse la niebla que empañaba sus hermosos ojos y reconoció al conde de Palas, permaneciendo apoyada sobre su seno, y rodeando el conde su ligera y esbelta cintura con sus robustos brazos.

El conde de Palas, sabedor del horrendo trato que se preparaba á la reina, no consultando mas que su valor é indignacion, juntó un puñado de valientes que penetrando en la torre de Dembibes, merced á las inteligencias que en todas partes podia procurarle su alta posicion, logró arrancar á la reina de mano de sus verdugos en el instante mismo en que la venganza de Violante iba á causar su muerte, no por la espada de la justicia sino por la atrocidad del tormento exigido para arrancarla una prueba.

Palas, á pesar de intentarlo evitar el mensajero del rey, salió entre las espadas desnudas de los hombres que habia apostado á la entrada de la torre, y llevó á Sibila en sus brazos. Algunas horas despues la hermosa prisionera se hallaba al abrigo de sus perseguidores en el palacio particular del conde de Palas, rodeada de todas las dulzuras que puede reunir el poder y el amor; se encontraba en su atmósfera natal, y las tinieblas del calabozo, los horribles resplandores del fuego de las hornillas que ardian en el cuarto del tormento, todo habia desaparecido como una tempestad que huye del horizonte lanzada por un viento puro y bienhechor.

El conde de Palas, cortesmente inclinado hácia ella, la presentaba en una copa de oro con que reanimar sus abatidas fuerzas, y Sibila con una mirada que revelaba el amor y el agradecimiento, la llegaba á sus pálidos lábios. Todo se reunia ya en aquella venturosa estancia, y la libertad y el aire puro penetrando en el seno de Sibila, comenzaban á reflejar sobre sus facciones sus hermosos colores y sobre sus pálidos lábios una brillante y animada sonrisa.

Al dia siguiente doña Violante quiso restablecer en la prision á su rival; pero la historia ha dejado consignada la noble y honrada conducta de los jueces, que aprovechándose de la dilacion ocasionada por el golpe atrevido y audáz del conde de Palas, protestaron enérgicamente contra el sacrilego mandato del consejo, probando cuan ilegal y absurdo era, y logrando por la intervencion del cardenal de Aragon y legado del papa, don Pedro de Luna, salvar la vida á la infeliz Sibila á pesar del empeño con que sus enemigos querian su muerte.

Cuenta la historia que todos los defensores de doña Sibila fueron desapiadadamente degollados, y que el conde de Palas en el momento que salia un dia de su palacio fué atacado alevosamente por una turba de asesinos que le dejaron como muerto.

El conde de Palas, sin embargo, no habia muerto: próximo á morir por las heridas recibidas, se habia alejado de Barcelona y ocultádose para evitar la suerte que se reservaba á todos los defensores de doña Sibila.

Cuando la reina doña Violante vió á Sibila sola, cuando ya nadie osaba levantar la voz en favor de la misma, cedió á la intercesion del cardenal Luna, la concedió la libertad y la señaló para vivir veinte y cinco mil sueldos anuales; siendo

lo mas raro del caso, según está consignado en las historias y crónicas de aquellos tiempos, que continuó viviendo en el palacio mayor de Barcelona hasta la muerte de su hijastro. A causa de haber declarado la reina doña Violante hallarse preñada, lo cual resultó ser falso y una impostura para conservar por mas tiempo su poder, tuvo que salir Sibila del palacio.

Cuando Violante pasó á vivir al palacio mayor de Barcelona bajo la vigilancia de las matronas, trató de despojar de él á su victima, haciéndola salir de aquel asilo del que no habia osado despojarla su mismo hijastro, y mandó al capitán Rogerio que fuese á intimarla de su parte que abandonase aquella estancia.

—Señora, la dijo el capitán Rogerio con los ojos llenos de lágrimas, vengo á anunciaros una triste noticia....

—¿Qué noticia triste será la que pueda añadirse á mis penas, preguntó sin conmoverse Sibila? Hablad Rogerio, no temais; nada puede afligirme mas de lo que yo estoy.

Efectivamente, Sibila desde la muerte del conde de Palas, rechazando todo consuelo, se consumia en lánguida tristeza en el palacio mayor de Barcelona.

—No; es una desgracia la que vengo á anunciaros; empero tal vez de ella podrá resultaros algun consuelo. ¿Estais contenta señora, en esta morada?

—Si, respondió la reina; mi dolor encuentra aqui objetos de que alimentarse; recuerdos que me halagan sin cesar; y por eso, Rogerio, deseo permanecer aqui.

—¡Ah señora! vuestra vida es una lentaagonia. Dios á quien rogais dia y noche tan piadosamente, os prohíbe adelantar el término, como lo haceis, de vuestros dias; él los ha señalado. Mi reina y señora doña Violante me manda deciros que quiere y ordena.... Perdonad esta palabra, señora....

—Y bien ¿qué ordena de mí, vuestra ama y señora? preguntó con altivez la reina Sibila.

—Que abandoneis inmediatamente el palacio mayor, respondió Rogerio con cierta confusion, dandoos por retiro en el Ampurdan el pueblo que escogais.

—Eso es demasiado, gritó indignada Sibila. No me abitaré á suplicar á vuestra ama que me conceda el favor de vivir aqui los pocos dias que el cielo quiera concederme; yo saldré de su casa, donde se me rehusa un abrigo hospitalario; pero yo le niego el derecho de fijarme el punto de mi morada. Yo iré á la corte de Navarra, cuya reina es mi amiga y no me rechazará; iré á arrojarle en sus brazos, y partiré hoy mismo. Me conducireis á Pamplona, buen Rogerio.

—¡Ah, señora! yo no me pertenezco á mí propio; un juramento me encadena á los muros de Barcelona. Mi amo me manda aguardarle á él hasta mañana; perdonadme.

—Os perdono, Rogerio; así es como deben suceder las cosas. Yo no estoy en el poder, he caído de mi grandeza, y me abandonais.

—Señora, yo no he merecido esa reprension.

—No hablemos mas, contestó la reina; me queda aun bastante oro para pagar una compañía de lanzas que me acompañe, y el.... el guardian de Montserrat me la buscará.

—Ha marchado á Valencia, señora, llamado por el rey de Aragon.

—¡Tambien ese!.... Todo huye delante de mí como si estuviese contagiada. Enviadme al menos un gefe para mandar esa escolta; buscadlo entre aquellos caballeros que me eran adictos, y decidle que le pagaré bien.

—No hay mas que uno, señora, que pueda serviros.

—Con qué estoy enteramente abandonada, exclamó Sibila, vertiendo un torrente de lágrimas, hasta entonces á duras penas retenidas. ¡Sola sobre la tierra! ¡Ah! mi hijo y mi marido han muerto; mi hijastro ha sido mi mas cruel enemigo. No tengo ningun pariente, ningun amigo.... ¡Ah!.... tenía uno, leal y fiel hasta el último suspiro.... aquel no me hubiera abandonado; aquel.... ¡Pobre conde de Palas! Tan noble, tan gallardo.... su brazo hubiera sido el apoyo de la débil viuda, de la madre desconsolada que vió antes que su esposo espirar su único hijo. Palas hubiera enjugado mis lágrimas, hubiera guiado mis pasos vacilantes hasta el asilo donde está señalada mi tumba; pero tambien le han muerto.... ¡Ah Palas.... Palas.... infeliz Palas!.

—Valor, señora, respondió Rogerio sollozando como ella. Dios tal vez en vuestro infortunio os ha conservado un consuelo; os queda un fiel servidor.... un pariente....

—No, Rogerio; de ninguno, de ninguno puedo confiar.

—Me rogaba con insistencia que no os dijese que habia escapado de la muerte.

—¿Quién? preguntó Sibila sorprendida.

—Sí, ha escapado de la muerte; de una muerte decretada sin piedad, y que no habia merecido....

—No comprendo, buen Rogerio..... dijo Sibila palpitando y enagenada de cruel ansiedad, porque no, no; no es posible...

—Sí, señora. Ahora que ha dado su alma á Dios ese rey débil, Juan I, y que de consiguiente queda aun en la expectativa del poder, por si tuviese un heredero, la reina doña Violante, el pobre caballero, el que ha callado tanto tiempo por no comprometeros y suscitar nuevas persecuciones, no teme mostrarse á vuestros ojos.

—¿Un pariente decís?

—Sí; una inocente víctima del mas injusto odio.

—¿Del odio de quién? ¿de mi marido?

—No, señora; de vuestros hijastros.

—¿Por piedad, Rogerio, nombrádmelo!....

—Que él se nombre mas bien, porque yo he ofrecido no decirlo; pero..... aqui está.

Sibila dió un grito penetrante; acababa de presentarse delante de ella el conde de Palas.

—¡Es él!... Virgen Santa!

El conde de Palas dobló una rodilla, y se echó á sus pies.

—Soy yo, señora, dijo con una voz sofocada por la emoción, yo, el pobre desvalido de quien ahora mismo compadeciais su suerte, por quien os he oído llorar y echarle de menos. Los cuidados del guardian de Monserrat, á quien ya otra vez debí la vida, ó mas bien á vos, señora, me la han conservado hasta hoy. ¡Oh, cuántas acciones de gracias debo al cielo!

—¿Luego no habia mi hijastro cometido el crimen atroz que tanto he llorado?

—No, señora. Cai herido; amigos que velaban por mí me levantaron cuando tenia perdido el conocimiento; despues.... el guardian de Monserrat me ha asistido. Conoci que mi presencia hubiera sido la señal de nuevas persecuciones á mi reina, porque vos siempre lo sereis para mí, y he vivido oculto, desconocido, hasta que he creído poder otra vez seros útil.

—Yo condenada á llorar todo el resto de mi vida; arrojada del palacio donde viví como reina, me encerraré en un monasterio.

—Yo tambien, señora, contestó con profunda tristeza el conde de Palas.

—Vos no; ¿por qué?

—¿Qué tendré ya que hacer en el mundo cuando vos no esteis en él, señora? Hoy soy libre; me he consagrado á vuestro servicio, y ademas sabeis que soy vuestro caballero,



El conde de Palas á los pies de Sibila.

nombrado por vuestro mismo esposo en el lecho solemne de la muerte pocos momentos antes de morir.

Doña Sibila estremecida apenas podia respirar.

—Si os dignáseis confirmarme ese titulo de honor, continuó el conde de Palas animándose cada vez mas, confiadme el mando de vuestra escolta hasta Pamplona, hasta Castilla, hasta donde querais marchar....

—A pedir asilo y proteccion ante una de las reinas con quien nos unen los lazos de la sangre.... Si, recurriré á la reina de Navarra, que era parienta de Pedro IV, y lo es tambien vuestra, que os ha benignamente acogido durante vuestra estancia en Pamplona, y que sin duda se alegrará de volveros á ver.

—Pero ¿me permitireis mandar vuestros hombres de armas?

—¡Ah! vos solo me quedais en este mundo, Palas....

—Y vos sola, á mi tambien, Sibila.... Abandonemos al instante este funesto palacio.

X

Bien pronto todo quedó dispuesto para la partida de la reina y de su generoso caballero.

Durante su largo viage al través de los Pirineos, el corazon de Sibila, herido con tantos golpes, se cicatrizaba poco á

poco; y al recibir los respetos de los aldeanos y habitantes de los pueblos por donde pasaban, parecía que una nueva existencia comenzaba en ella. Muchas veces Sibila, recordando su pasado esplendor lloraba la memoria de Pedro IV, y lloraba sobre todo el hijo de sus afecciones que tan funestamente había perdido. El conde de Palas, su buen caballero, lloraba con ella.

En Pamplona la reina de Navarra la recibió como una hermana, la alojó en su palacio, y ya no se oyó hablar mas de su proyecto de retirarse á vivir en un monasterio. El rey de Navarra se mostró justo apreciador del mérito eminente del conde de Palas, y levantó tan alta la fortuna de este noble caballero, que en pocos años llegó á representar en Navarra tan principal papel como el que había representado en Aragon.

Las penas de la reina doña Sibila y las del conde de Palas se fueron olvidando, y aun pudieron gozar largo tiem-

po sobre la tierra una felicidad que apenas hubieran osado soñar en el cielo.

La reina doña Violante vió frustradas sus esperanzas de embarazo; y recayó sobre ella el ridículo de haber mantenido despues de la muerte de su débil esposo don Juan I, vanamente en espectacion, las esperanzas de todo un pueblo, y privada del poder lloró largos años en un monasterio la maldad con que había perseguido á la desgraciada Sibila tan bella como virtuosa, y cuyos perseverantes infortunios parecerian á nuestros lectores una fábula sino estuviesen acostumbrados á que todas las novelas que hemos escrito tengan por base y fundamento la historia y la crónica de los siglos, de donde sacamos los argumentos de nuestras dramáticas narraciones.

EL CONDE DE FABRAQUER.

PERSONAJES CÉLEBRES DE LA REVOLUCION DE ITALIA.



Cárlas Alberto.

El general Oudinot.

Victor Manuel.

Pio IX.